

EL BALONCESTO, 121 AÑOS DESPUÉS DE SU INVENCIÓN: ENTRE EL DEPORTE Y LA AMERICANIZACIÓN¹

CONRAD VILANOU I TORRANO
GUILLEM TURRÓ I ORTEGA
Universitat de Barcelona

RESUMEN: En este artículo se presenta una aproximación a la historia del baloncesto, deporte inventado por James Naismith en Springfield (Massachusetts) en el mes de diciembre de 1891, en el ambiente colegial del YMCA. De entre los deportes genuinamente americanos (béisbol, fútbol americano, hockey sobre hielo), el baloncesto es el que más adeptos ha conseguido en Europa, donde llegó con las tropas americanas durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, se pueden establecer puentes y relaciones entre el baloncesto y el modo de vida americano (American way of life) hasta el punto que este deporte –que refleja algunos de los aspectos de la mentalidad americana, como el puritanismo y el espíritu de frontera– ha constituido un importante factor de americanización, cuya influencia se ha dejado sentir también en España.

PALABRAS CLAVE: baloncesto, deporte, Estados Unidos, American way of life, americanización.

Basketball, 121 years after its invention: between sport and Americanisation

ABSTRACT: This paper provides an overview of the history of basketball, a sport that was invented by James Naismith in Springfield (Massachusetts) in December 1891, within the collegiate environment of the YMCA. Among the genuinely American sports (baseball, American football, ice hockey), basketball is the sport that has achieved the greatest following in Europe, where it was brought by American troops during the First World War. In fact, it is possible to establish links

¹ Una primera redacción de este texto fue presentada a modo de ponencia por Conrad Vilanou Torrano, con el título de «El baloncesto, un deporte genuinamente americano», en el VI Congreso Ibérico de Baloncesto (Cáceres, 25-27 de Octubre de 2012). Durante la elaboración de la misma se mantuvo un diálogo continuado con el Dr. Guillem Turró Ortega, quien sobre aquel primer texto ha introducido diversos matices, ampliando unos aspectos y precisando otros. De ahí que el artículo que ahora se presenta sea firmado por ambos autores, ya que responde a un trabajo en equipo que se inserta en la línea de actuación del GRHIPPS (Grup de Recerca en Història i Innovació del Pensament Pedagògic i Social de la Universitat de Barcelona).

and relations between basketball and the American way of life, to the point that this sport –which reflects certain aspects of the American mindset such as Puritanism and the pioneering spirit– has become a major contributor to Americanisation, and the scope of its influence has also reached Spain.

KEY-WORDS: basketball, sport, United States, American way of life, Americanisation.

Un prestigioso historiador –Fritz Stern, recogiendo un comentario de Raymond Aron– ha dejado constancia de que el siglo xx, que había de ser el siglo de Alemania, se convirtió, finalmente, en el siglo de los Estados Unidos (Stern, 2003: 18). Tal fenomenología no ha de extrañar si consideramos que «desde la década de 1880 los Estados Unidos se convirtieron en la primera potencia industrial» (Niño, 2012: 25). Con todo, Alemania organizó los Juegos Olímpicos de 1936, donde el baloncesto fue admitido por primera vez, después de haber sido aceptado en la categoría de exhibición en los Juegos de 1904 (San Luis). Por su parte, el baloncesto femenino ingresó en el calendario olímpico en 1976, año en que los Juegos se celebraron en Montreal, Canadá, país que precisamente en 1936 jugó en Berlín el partido de la final olímpica masculina contra los Estados Unidos.

No por azar, James Naismith –pastor presbiteriano que lo inventó en el mes de diciembre de 1891, cuando trabajaba en el colegio de Springfield del YMCA– asistió junto a su esposa al certamen berlinés y libró la medalla de oro a los representantes de la selección de su país. Naismith –nacido en 1861 y considerado una especie de Tom Brown americano– falleció poco después, el 28 de noviembre de 1939, cuarenta y ocho años después de haber puesto en marcha el baloncesto.

Quizás sea oportuno recordar que Hitler pensaba que los Juegos de 1940 habían de celebrarse en Japón y volver, en 1944, a Alemania, país del que ya no habrían de moverse. El eje cultural entre la Grecia clásica y la Germania del III Reich, entre Olimpia y Berlín, entre la cultura dórica y el ultranacionalismo teutónico, quedaba sellado con el traslado del fuego olímpico en una ceremonia diseñada por Carl Diem, que fue el promotor de aquellos Juegos que –en un principio– no generaron el entusiasmo de los jefes nazis, pero que sirvieron para fortalecer la imagen exterior del régimen nacionalsocialista. Además, Diem –a quien Eduard Spranger dedicó su obra *El educador nato* (1958)– pretendía rectificar con aquellos Juegos Olímpicos el rumbo deportivo alemán, demasiado preocupado por la gimnasia (*turnen*) y por las actividades en la naturaleza, una práctica con innegables connotaciones patrióticas y nacionalistas.

Sea como fuere, se dice que durante la Segunda Guerra Mundial las tropas norteamericanas, para detectar posibles soldados alemanes infiltrados entre sus líneas, planteaban en los interrogatorios cuestiones referentes a las ligas de béisbol, lo cual confirma la presencia hegemónica de aquel deporte que sirvió de modelo para el ulterior desarrollo del baloncesto, que se consolidó definitivamente con el arranque de la NBA después de aquella contienda bélica. De hecho, el baloncesto es el único deporte que los americanos han exportado con éxito, más todavía si tenemos en cuenta que el béisbol –olímpico entre 1992 y 2008– ha desaparecido del calendario olímpico en la última cita londinense (2012).

Conviene precisar que la primera final olímpica de baloncesto entre Estados Unidos y Canadá, con un parco resultado de 19 a 8, puso de manifiesto algo bien evidente: que el baloncesto –nacido a las puertas del siglo XX, el siglo del deporte, según François Mauriac– es un deporte genuinamente americano que se ha universalizado, triunfando sobre todo en Europa. Tal difusión no se ha producido, por ejemplo, con el béisbol, el deporte que contribuyó a la unificación de los Estados Unidos al concluir la Guerra Civil (1861-1865), después del activo papel del general Abner Doubleday al codificar las reglas. De alguna manera, el béisbol substituyó al *cricket* que los pioneros habían importado de la vieja Inglaterra.

228

Cabe añadir que entre los equipos de la NBA figura el Toronto Raptors, circunstancia que, aunque anecdótica, no deja de traslucir la importancia de Canadá en la génesis del baloncesto. Huelga decir que la ciudad de Toronto, a pesar de su condición de canadiense, pertenece a la zona de los Grandes Lagos, que concita uno de los emporios de mayor riqueza de los Estados Unidos. También allí se reúnen, por consiguiente, un buen número de equipos de la NBA (Bulls, Pistons, Bucks) que no encontramos en territorios más empobrecidos como Kansas, Nebraska y las dos Dakota. Bien mirado, la historia de ambas naciones –los Estados Unidos y Canadá– marcha en paralelo con muchos puntos de contacto y coincidencias. Además, James Naismith era de origen canadiense, y el lugar del invento, Springfield, se encuentra en el estado de Massachusetts, que forma parte de Nueva Inglaterra junto con los estados de Maine, New Hampshire, Vermont, Rhode Island y Connecticut. «La primera Universidad americana, Harvard College, fue establecida en Massachusetts. Igualmente en Massachusetts fue donde desembarcaron –el 21 de diciembre de 1620– los más famosos colonizadores de los Estados Unidos, los “Peregrinos” del *Mayflower*» (Cartier, 1963: 513).

En realidad, los Estados Unidos –salvo contadas excepciones (Múnich, 1972; Moscú, 1980; Seúl, 1988; Atenas, 2004)– han dominado el baloncesto olímpico. Y ello sin tener en cuenta que a algunas de estas

citas –por ejemplo, a la de Moscú 1980– los americanos no acudieron por su boicot político, que los soviéticos repitieron en Los Angeles (1984), lo que facilitó que España consiguiera la medalla de plata. Sin embargo, el deporte, a partir de 1989 –con la caída del muro de Berlín– abandonó los vaivenes de la Guerra Fría para convertirse, con los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992), en el mayor espectáculo del mundo. Así, en la cita olímpica de la Ciudad Condal se reunieron las grandes estrellas de la NBA, formando aquel «Dream Team» con Magic Johnson, Larry Bird, Scottie Pippen, John Stockton, Charles Barkley, Pat Ewing, Karl Malone y Michael Jordan. La consabida distinción entre deporte *amateur* y deporte profesional –que había obligado a que los jugadores universitarios norteamericanos suplantasen a los jugadores profesionales en las competiciones olímpicas– pasaba a ser una antigualla del pasado, si bien –y a efectos de no levantar ampollas, ni suspicacias– los jugadores del «Dream Team» fueron exonerados de someterse al control antidopaje.

Por tanto, el baloncesto adquiriría la condición de un espectáculo mediático de primera magnitud y sus estrellas –sobre todo las norteamericanas– se hacían familiares a todos los públicos del planeta. En poco más de un siglo, entre 1891 –fecha de la aparición del baloncesto en Springfield, ciudad en la que Charles Goodyear inventó la vulcanización del caucho en 1844 que tanto favoreció el bote de las pelotas– y 1992 –momento de los Juegos Olímpicos de Barcelona–, el baloncesto consiguió una notoriedad fuera de lo común, convirtiéndose en una especie de universal lúdico y deportivo. Por ello, el seguimiento a los jugadores de baloncesto constituye hoy una especie de culto a la persona que supera la fidelidad del aficionado a cualquier equipo o franquicia determinada, que así pasa a ocupar un segundo plano. En cualquier caso, este culto a la persona no solo ha afectado a los grandes jugadores profesionales, sino también a los jugadores callejeros que han practicado el baloncesto en los parques urbanos (*street-ball*). Quizás el caso más conocido sea el de Earl Manigault, héroe del Rucker Park de Harlem, cuya vida ciertamente accidentada fue llevada a la pantalla hace unos años: *The legend of Earl «The Goat» Manigault* (1996). No hay duda, pues, de que el baloncesto callejero posee una gran potencialidad como instancia pedagógica y social, de cara a una juventud que ha hecho de la calle su hábitat natural.

Así, el baloncesto –surgido entre las frías paredes de un gimnasio casi subterráneo– ha salido a la superficie y se ha adaptado perfectamente al asfalto metropolitano, de modo que también se juega en la calle siguiendo la tónica de los deportes posmodernos, la mayoría de los cuales han tomado el espacio público como el mejor de los escena-

rios. Si las pruebas de marcha atlética y la carrera de la maratón han abandonado los estadios, algo similar sucedió anteriormente con el baloncesto, al instalarse cestas en los lugares más variados: patios, jardines, plazoletas, playas, etc. Dicho con otras palabras: el baloncesto se ha hecho un deporte popular al alcance de casi todo el mundo, de manera que constituye un importante factor de modernización y americanización y, por ende, un elemento capital de la globalización.

Los Estados Unidos, más que una nación

Resulta patente que el protagonismo de los Estados Unidos ha ido creciendo a lo largo del siglo xx, especialmente a partir de su participación en la Primera Guerra Mundial en el mes de abril de 1917, que sirvió para que llegaran a Europa algunos de los elementos característicos del modo de vida americano (*American way of life*). «Para un americano, más que una nación, América es una manera de vivir y hacer y reunir cosas y elementos dispersos, lejanos, contradictorios y no siempre familiares» (Massip, 1952: 51). De hecho, este mismo autor –destacado periodista catalán hoy injustamente olvidado–, en su agudo análisis del triunfo de Eisenhower en las elecciones presidenciales de 1952 ya había proclamado que «más que una nación, América es el producto de la suma de varias subnaciones en convivencia» (Massip, 1952: 33).

De ahí, pues, la identificación de los Estados Unidos con su especial manera de vivir, con el *American way of life* que surge de la suma de un conjunto de factores: las condiciones geográficas, las largas distancias, las distintas oleadas migratorias, la llegada de población africana, el gusto por el descubrimiento y el experimento, el poso de un idealismo práctico, la voluntad de servicio, el sentido de la comunidad, las ansias de reforma social, etc. Es cierto que, a veces, estas cosas han sido caricaturizadas mostrándose aspectos banales como el chicle, el jazz y el charleston, que acompañaron a las tropas yanquis en su llegada a Europa durante la Primera Guerra Mundial. Tampoco podemos soslayar que los soldados americanos practicaban deportes como el baloncesto y el balonvolea, surgidos a finales del siglo xix en el ambiente colegial del YMCA (Young Men's Christian Association), una organización nacida en Londres en 1844 por iniciativa de George Williams del King's College (Cambridge) con una inequívoca voluntad ecuménica. No en balde los doce miembros que intervinieron en su fundación estaban repartidos entre diferentes confesiones: anglicanos, metodistas, baptistas y congregacionistas, en una proporción de tres miembros por cada una de ellas.

En 1855 aparecía en Inglaterra la rama femenina de la organización bajo las siglas de YWCA (Young Women's Christian Association). También en aquel año de 1855 se acordaron en París sus bases, en las que, entre otros aspectos, se declaraba cuál era su finalidad: «The Young Men's Christian Associations seek to unite those young men, who, regarding the Lord Jesus Christ as their God and Saviour according to the Holy Scriptures, desire to be His disciples in their doctrine and in their life, and to associate their efforts for the extension of His Kingdom amongst young men.»

El movimiento se propagó rápidamente por todo el mundo y encontró adeptos en diversas ciudades, porque la formación de la juventud constituía un fenómeno metropolitano. En este sentido, procede traer a colación el nombre de Henri Dunant, secretario del YMCA de Ginebra –la ciudad puritana por excelencia, donde Calvino sentó las bases de su doctrina (Zweig, 2001)– que promovió la creación de la Cruz Roja Internacional (1863) y la Convención de Ginebra (1864), y que fue recompensado con el Premio Nobel de la Paz en 1901, primer año de su concesión. En suma, el YMCA pronto dio el salto a América, estableciéndose en 1851 en Boston y Montreal, esto es, en Estados Unidos y Canadá, dos referentes en el nacimiento del baloncesto. Esta organización juvenil, de clara naturaleza evangélica, adoptó como emblema un triángulo rojo con las inscripciones de cuerpo, mente y espíritu a propuesta de Luther Gulick, hijo de padres congregacionistas. En los Estados Unidos, el YMCA pronto reunió casi dos centenares de escuelas, y en ese marco se formaron equipos colegiales e intercolegiales. Justamente, Gulick orientó el YMCA hacia el fomento de la educación física y el deporte, y fue el responsable de esta área en el Springfield Training School, centro en el que Naismith dio vida al baloncesto, basándose en el juego del «Duck on the rock» (el pato sobre la roca). Mientras tanto, en 1918 se publicaba en España *La educación física por medio del ejercicio muscular*, de L. Halsey Gulick, padre de Luther Gulick, que como hemos visto fue uno de los incitadores indirectos del baloncesto.

Naturalmente, este papel primordial de los Estados Unidos se acentuó más todavía después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), finalizada pocos meses antes de la aparición, en junio de 1946, de la National Basketball Association (NBA). Ahora bien, cuando en 1917 los Estados Unidos decidieron participar en la Gran Guerra, el baloncesto poseía ya una larga historia desde que apareciera en Massachusetts. Como ya es sabido, este estado fue uno de los que protagonizaron la independencia americana (1776), poblado mayoritariamente por gente blanca y cuya capital –Boston,

fundada por los puritanos en 1630– se convirtió en uno de los pilares de Nueva Inglaterra. Si inicialmente Boston respondía al espíritu puritano, con el paso del tiempo –y en virtud de la llegada masiva de irlandeses– la ciudad cambió de fisonomía y pasó a ser un feudo católico. Verdad es que en el siglo pasado la presencia católica se hizo más palpable, hasta tal punto que el clan de los Kennedy, que dio al país el primer presidente católico, procedía de unos emigrantes irlandeses instalados en Massachusetts. «Nada pudo detener el ímpetu céltico, ni siquiera las tentativas de boicot económico. La exaltación, el espíritu discutiador, la elocuencia y la notable aptitud para la política de los irlandeses llegaron a ser características fundamentales de Nueva Inglaterra. Muy pronto, los celtas conquistaron Boston a los Codfish» (Cartier, 1963: 521). Si los Boston Celtics apelan a esta dinámica histórica, no es menos verdad que los New York Knicks recuerdan sus orígenes holandeses, cuando Nueva York –fundada en 1624– no era más que una Nueva Amsterdam. Al fin y al cabo, los Boston Celtics son los que más anillos de la NBA han ganado: un total de diecisiete frente a los dieciséis de Los Angeles Lakers.

Otra cosa no menor, sino bien significativa, estriba en visualizar en qué momento se concentraron estas victorias: entre las décadas de los sesenta y ochenta para los Celtics, y en las dos últimas décadas para los Lakers, lo cual evidencia que el centro de gravedad del baloncesto –como en tantas otras cosas de la vida americana– está pasando de la costa Este a la costa Oeste, es decir, de Nueva Inglaterra a California, dos espacios culturales y geográficos que ofrecen diferencias notorias. El puritanismo primigenio de Nueva Inglaterra, corregido un tanto por el catolicismo, contrasta con el espíritu interétnico y de vanguardia –incluso a veces, rompedor y contracultural– de California, en especial de San Francisco, que creció gracias a las minas de oro. Allá, al lado del Pacífico, en una especie de paraíso, se ha enraizado el crisol o *melting-pot* americano, germinando uno de los polos de la cultura posmoderna o, si se quiere, hipermoderna, simbolizada por el Silicon Valley, un conjunto de industrias de alta tecnología que empezaron a instalarse en la década de los setenta. Justamente en California tiene su sede el Beijing Aoshen Olympian, un equipo profesional chino fundado en 1999, que entre 2005 y 2009 jugó la liga de la American Basketball Association (ABA) y que actualmente participa en la competición de la WCPBL (West Coast Pro Basketball League). Como una muestra más del sincretismo posmoderno, este equipo chino utiliza la cancha del Don Bosco Technical Institute, de Rosemead, en el condado de Los Angeles.

Dejando aparte estos aspectos, conviene no perder de vista que el balonvolea –surgido en 1895– había dependido en la España franquista de la Federación Española de Baloncesto. Antes lo había estado de la federación de balonmano y, más tarde, de la de rugby, hasta que en 1960 alcanzó su propia identidad. Para abundar en la cuestión, conviene reparar que William George Morgan –amigo y colaborador de Naismith en la preparación física de los jóvenes y responsable de Educación física en el YMCA de Holyoka– fue el inventor del balonvolea. Para tal fin se basó en el tenis, el baloncesto y el bádminton con el objetivo de dar forma a un nuevo deporte que recoge aspectos de cada uno de ellos. Morgan debió de observar que el baloncesto favorecía a los jugadores altos, de modo que el voleibol aparecía como una práctica menos selectiva, propiciando la universalización del juego no solo entre los chicos sino también entre las muchachas. En última instancia, Morgan perseguía una alternativa al baloncesto, cuyos beneficios no acababa de compartir en atención al riesgo de lesión que comportaba y al contacto que mantenían los jugadores de ambos bandos.

Si recordamos algunos episodios de la historia norteamericana, constatamos que a raíz de la Guerra de Secesión (1861-1865) o Guerra entre los estados (*The War between the States*), que ocasionó medio millón de muertos, los Estados Unidos procedieron a la abolición de la esclavitud (1863) por parte del presidente Abraham Lincoln, hijo de un verdadero pionero. De la personalidad de Lincoln destaca su complexión corporal un tanto desgarbada y su afán de saber, ya que fue un auténtico autodidacta que aprendió más de la lectura solitaria que de las clases de sus pobres maestros. Capítulo aparte merecen sus años juveniles, cuando hacía de leñador y se enfrentaba en una especie de lucha libre con los hombres más fuertes de los diversos lugares por los que pasaba. Pero por encima de todos estos aspectos, a veces un tanto grotescos al no cuidar su atuendo personal ni las convenciones sociales, Lincoln –un hombre distanciado de la religión, que no había confiado en ninguna congregación– siempre se mantuvo fiel a dos ideas que darían sentido a su programa político: el abolicionismo y la abstinencia.

No en vano, la trayectoria de Lincoln representa –sobre todo durante sus primeros años– la vida de un verdadero pionero, ya que su padre buscó aposento familiar en una constante marcha hacia el Oeste en medio de grandes penalidades que reportaron la muerte del que había de liberar a los negros americanos (Ludwig, 1944). La figura de Lincoln posee tanto atractivo que Walt Whitman, «un cosmos, un hijo de Manhattan», impartió

innumerables conferencias sobre la personalidad de aquel presidente que, a pesar de militar en el partido republicano, acabó con la esclavitud, algo impensable solo unos años antes. Aparte de esto, el autor de *Hojas de Hierba* (1855) –que se negó a participar en la contienda civil– se dio cuenta de la necesidad de intervenir desde una actitud pacífica, visitando hospitales y consolando a los heridos de ambos ejércitos. He aquí, pues, otros valores –el del pacifismo y la ayuda al prójimo– que, junto al abolicionismo y la abstinencia, conferían al perfil del hombre americano un aire democrático y progresista. Con ello, se caminaba hacia una modernidad que, a pesar del trasfondo puritano, alejaba cada vez más la hora de los predicadores y pastores. Si Whitman es el poeta que canta la naciente modernidad americana, que se manifiesta en las grandes ciudades, el baloncesto representa el surgimiento del deporte moderno, una práctica enraizada en la mentalidad yanqui y en la vida urbana norteamericana.

Aunque no podemos entrar en los entresijos de la historia americana, hay que añadir que la Guerra de Secesión también comportó el choque de dos mentalidades, la nortea de los *Yankees* y la sureña *Dixie*. Si la primera es de ascendencia cuáquera e invita a la acción de una incipiente modernidad, la segunda mantenía el peso de la tradición y de la aristocracia (*gentlemen*), sin olvidar los altos índices de analfabetismo (Espinosa, 1957: 87). Por su parte, José M. Massip escribió lo siguiente: «En el trasfondo de la sociedad norteamericana hay un elemento autóctono, radical y progresista, puritano y cuáquero, lleno de prejuicios contra las viejas sociedades europeas» (Massip, 1952: 126). Si el Norte, los estados de la Unión, asumió este ideario, los estados sureños, integrados en la Confederación, mantuvieron unos tónicos que recordaban las viejas sociedades aristocráticas europeas. En este punto, vale la pena recordar que Franklin, aunque no era cuáquero, había asumido el sentido de su insurgencia (Pabón, 1985: 76). Igual afirmación se puede aplicar, por extensión, a Abraham Lincoln, cuyos antecesores sí que habían participado del credo cuáquero.

Por consiguiente, y tal como se desprende del libro del profesor Espinosa, la concepción de los Estados Unidos –que colonizaron sus territorios sin una voluntad de trasladar los patrones de la vida europea, sino con la pretensión de crear algo nuevo– depende de la convergencia del alma puritano-cuáquera y de los principios de la Ilustración. Solo de esta forma se entiende que el profesor Pabón no tuviese reparos en atribuir a Franklin la invención de la burguesía, al «encarnarla, plenamente, como nueva realidad histórica y social»

(Pabón, 1985: 25). Quieras que no, el primer burgués habría que irlo a buscar a los nacientes Estados Unidos, y no a la vieja Europa.

Este cúmulo de circunstancias dio lugar al nacimiento de la democracia que Thomas Jefferson plasmó en la declaración de 1776 que, con retoques de John Adams y Benjamin Franklin, proclama que «todos los hombres han sido creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales se encuentran la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad» (Massip, 1952: 297). Sobre esta base, y después de que Lincoln acabase con la esclavitud (1863), los negros abandonaron el Sur y se desplazaron hasta las grandes ciudades del Norte, lo que comportó a finales del siglo XIX el crecimiento de Chicago, Detroit y Nueva York, la ciudad automática, según Julio Camba (1970), o la ciudad mecánica o ciudad-máquina, al decir de Josep M. Poblet (1956: 56).

Sin embargo, la abolición de la esclavitud no significó el fin de los problemas de la población afroamericana, que hasta bien entrado el siglo XX tuvo que enfrentarse a las cuestiones de la segregación racial, que se ha mantenido hasta fecha reciente. «Desde 1954, la suerte está echada: los Estados Unidos han decidido la integración de los negros en el conjunto de su sociedad», escribía Julián Marías a finales de los sesenta (Marías, 1970: 25). Pero a pesar de esta afirmación, lo cierto es que en la década de los cincuenta se levantó una gran polvareda cuando se empezaron a tomar medidas contra la segregación racial en un ambiente crispado por las violentas actitudes de algunos sureños. Cierto, en aquellos tiempos se hablaba, sin ambages, del «problema negro», tal como manifestó en sus discursos electorales Adlai Stevenson, el candidato demócrata a las elecciones presidenciales de 1952 que ganó el general Eisenhower, en nombre de los republicanos. A fin de cuentas, la segregación racial era una cuestión de derechos civiles que –al decir de Stevenson– implicaba «el derecho a un trato igual ante la ley, a una oportunidad igual en educación, trabajo, manera de vivir» (Massip, 1952: 319).

Pero el reconocimiento de estos derechos –por ejemplo, la igualdad ante la educación– no fue una cosa fácil. Tanto es así que se ha hecho famoso el suceso que aconteció en 1957, en Little Rock, capital de Arkansas, cuando se requirió la presencia de una unidad de paracaidistas de la división aerotransportada para que acompañara durante diez meses a la Central High School a dos niñas y a tres jóvenes negros (Cartier, 1963: 266). No olvidemos que el tenista Arthur Ashe –uno de los referentes deportivos del presidente Obama– se vio obligado a empezar a jugar en pistas reservadas para los negros, en el estado

de Virginia. Además, el paralelismo entre Ashe y Magic Johnson es evidente, desde el momento que ambos padecieron la enfermedad del SIDA, que en el caso de Ashe tuvo fatales consecuencias.

Tampoco podemos dejar en el tintero el hecho de que los Harlem Globetrotters –que a pesar de su nombre surgieron en Chicago, en homenaje a la población negra del conocido barrio de Nueva York– aparecieron en la escena deportiva a finales de la década de los veinte, cuando el puritanismo empezaba a declinar en un contexto dominado por la crisis económica de la Gran Depresión de 1929 –desencadenada por el famoso *crack* bursátil del jueves negro, el 24 de octubre de aquel año–, que afectó a las clases más humildes, en un momento en que los jugadores afroamericanos no tenían acceso a las grandes ligas norteamericanas. Bien pudiera ser que el baloncesto sustituyese en zonas como Harlem –de donde los últimos blancos se marcharon en 1910– las expectativas que generaba el boxeo, ya que los jóvenes negros deseaban emular los éxitos de Joe Louis (nacido en Alabama) y de Ray Robinson (procedente de Detroit). Ya el periodista gallego Julio Camba, que visitó los Estados Unidos en diversas ocasiones –por ejemplo, en los difíciles años 1929 y 1931–, se dio cuenta de la importancia del papel de los negros para explicar, en su totalidad, la fotografía de aquel país: si los blancos de estirpe puritana representaban la adustez y la seriedad, la alegría era una invención negra (Camba, 1970: 22). A la larga, y con relación a la población negra, podemos añadir que el baloncesto ha suplantado –siquiera en parte– al boxeo, atrayendo gran cantidad de jugadores que de otra forma se habrían encaminado hacia el deporte del cuadrilátero.

En múltiples ocasiones se ha dicho que los Estados Unidos son un país joven, surgido de la Declaración de Independencia aprobada por el Congreso el 2 de julio de 1776 y publicada dos días después por iniciativa de las trece colonias situadas en el noreste del país, precisamente una zona con buena representación de equipos en la NBA. Ahora bien, los cincuenta y seis firmantes de la Declaración, a pesar de su innegable puritanismo, brindaron –según parece– con vino de Madeira. Digamos también que el nombre del equipo de Filadelfia –los Philadelphia 76ers– responde a esta fecha emblemática de la historia de los Estados Unidos que marca un hito en el devenir norteamericano, al que siguieron otros dos acontecimientos destacables: la Guerra Civil (1861-1865) y el *New Deal* –aplicado a partir de 1933, un programa que hoy es reivindicado de nuevo al haberse demostrado que se puede salir de la recesión invirtiendo sin necesidad de fabricar armamento– del presidente Roosevelt que, en su lucha contra la crisis de 1929, establecía las bases sociales de la

economía moderna. «El Capitalismo», escribió José María Massip, «comprendió que, después de todo, el *New Deal* era preferible al comunismo, y aceptó la fuerza de los hechos, las oportunidades –y las limitaciones– del futuro» (Massip, 1952: 73).

Se trata, pues, de un país que desea revivir continuamente su pasado y que manifiesta intensamente su simbología patriótica: la bandera con sus barras y estrellas y el himno, interpretado por una banda o conjunto musical, son dos aspectos que afloran a menudo en su liturgia deportiva y que –junto al dólar y las ligas profesionales– dan unidad a un país que va de costa a costa (*coast to coast*), del Pacífico al Atlántico, o viceversa, símil utilizado a menudo por los comentaristas baloncestistas, incluidos los españoles. Sin ninguna clase de dudas, los simbolismos americanos aparecen a menudo en el mundo del baloncesto, por encima de cualquier diferencia. Así, por ejemplo, si hoy vemos en los tableros de la NBA la bandera americana, en su día la liga de la American Basketball Association –alternativa a la NBA que funcionó entre 1967 y 1976– utilizaba un valor tricolor, con los colores de la bandera americana.

Es obvio que una de las manifestaciones más claras de la religiosidad puritano-cuáquera norteamericana estriba en el uso del término *Christianity*, que aparece a menudo en las siglas de entidades de todo tipo, preferentemente de asistencia social, formación pedagógica e, incluso, deportiva. En efecto, los términos *Christianity* y *deporte* no son incompatibles, tal como se desprende del hecho de que en Inglaterra se popularizara, a partir de 1857, la expresión «Muscular Christianity», a raíz de la aparición de un comentario a una obra de Charles Kingsley (Bolós y Vilanou, 2004). Parece que inicialmente el término no gustó, pero la verdad es que acabó imponiéndose, hasta el punto que generó la figura del joven cristiano, estudiante y deportista, que no solo frecuentó las universidades, sino también las escuelas de secundaria. En última instancia, el YMCA contribuyó a divulgar este ideal entre el mundo colegial, no únicamente universitario, desde el momento que el cristiano se perfila como un verdadero atleta de Cristo. De tal guisa que Tony Ladd y James A. Mathisen, en su monografía sobre el movimiento *Muscular Christianity*, dan la siguiente definición: «In this context, the calls by muscular Christians to manliness, character development, and healthful living occurred within the framework of an evangelical Protestant ethos called for personal salvation as well as development» (Ladd y Mathisen, 1999: 21).

A la vista de lo que decimos, no es casual que el baloncesto surgiese en el contexto del YMCA (Young Men's Christian Association), fundado en medio de un anglicanismo evangélico que, con los

años, se había de extender no solo por los Estados Unidos, sino también por todo el mundo. En España, durante la década de los años veinte del siglo pasado, se constata la presencia de núcleos de jóvenes cristianos dependientes del YMCA que juegan al baloncesto, como mínimo en las grandes ciudades. Así pues, hoy como ayer, encontramos agrupaciones del YMCA cuyas prácticas deportivas también fueron adoptadas entre nosotros por los jóvenes de la Acción Católica, existiendo más de un equipo de baloncesto cuya nomenclatura coincide con las letras JAC, esto es, Juventud de Acción Católica. En este sentido, el papel de la Federació de Joves Cristians de Catalunya (1931-1936) fue capital, al desempeñar un activo protagonismo en la difusión del baloncesto. No extraña, pues, que antes de la Guerra Civil (1936-1939) el baloncesto fuese practicado en nuestro país por grupos de jóvenes afiliados a la Acción Católica que dirigía, desde Madrid, el futuro cardenal Ángel Herrera Oria, entonces seglar, circunstancia que aumentó después de 1939. Con este trasfondo, resulta lógico que el Círculo Católico de Badalona sea considerado un clásico del baloncesto español, más aún si tenemos en cuenta que después de haber militado en diversas categorías destacadas se integró en 1957 en el elenco de clubes que disputaron la primera liga nacional, manteniendo la categoría hasta la temporada 1969-70. Volvió a ascender poco después, en la temporada 1971-72, mostrando un buen nivel de competición hasta la década de los ochenta, gracias al patrocinio de la empresa Cotonificio.

238

Pero esto acostumbraba a suceder en las grandes ciudades, porque en las pequeñas poblaciones el fútbol continuaba siendo el juego por excelencia de aquella España de posguerra, si hacemos caso a las *Memorias de un niño de derechas* de Francisco Umbral. «El español llevaba dentro un futbolista nato, como antes había llevado un torero, porque el español siempre nace llevando dentro algo insospechado y heroico» (Umbral, 1973: 128). De modo, pues, que el baloncesto significó un elemento de modernización que competía con la hegemonía del fútbol, de la misma manera que el balompié había cercenado la omnipresencia del toreo y de la zarzuela en una España que, poco a poco, abandonaba los elementos castizos a beneficio de la modernización.

Si en el siglo XIX la evangelización –con su carga puritana, esto es, cuáquera y metodista– fue el santo y seña de los Estados Unidos, al socaire de la aventura de los pioneros hacia el Oeste, consumada la conquista del *Far West* su influencia se extendió por todo el mundo. Es cierto que hubo quien defendió el aislamiento americano, pero no es menos verdad que después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han ocupado una centralidad innegable en el rumbo

del planeta. Si después de la Gran Guerra los Estados Unidos se retiraron de Europa, no hicieron lo mismo en 1945 cuando establecieron el Plan Marshall para las naciones europeas. Unas, las pertenecientes al Eje porque habían sido derrotadas militar y económicamente, mientras que las aliadas –victoriosas en el campo de batalla– habían sido desbastadas por los avatares de la Guerra. No deja de ser curioso que los dos generales americanos más destacados en la marcha de los acontecimientos bélicos de la Segunda Guerra Mundial en Europa –George Marshall, el jefe supremo de las tropas aliadas, y Dwight D. Eisenhower, que dirigió el desembarco de Normandía del 6 de junio de 1944– hubieran sido destinados al viejo continente a raíz de la Primera Guerra Mundial. Después de 1945, Marshall sería el encargado de dirigir su conocido plan de reconstrucción europea, mientras que Eisenhower accedería a la presidencia de los Estados Unidos en 1953, después de su victoria electoral de noviembre del año anterior, permaneciendo en el cargo durante dos mandatos (1953-1960).

De todos es conocida la fotografía de Eisenhower con el general Franco, durante la visita del presidente norteamericano a España el 21 de diciembre de 1959, sellándose así una amistad y una relación que, a pesar de algunas tibiezas, se mantuvo bien viva desde la caída de Serrano Suñer en el Ministerio de Asuntos Exteriores en septiembre de 1942, dos meses antes del desembarco de las tropas aliadas en el Norte de África. Tal como se desprende de las memorias del embajador yanqui en Madrid, durante los años difíciles de 1942 y 1945, fueron los ingleses y los norteamericanos –con presencia en sus respectivas embajadas de importantes cargos católicos– quienes apoyaron al régimen del 18 de julio de 1936. Además, en España –por ejemplo, en Cataluña– existían sentimientos no solo a favor de los aliados, sino manifiestamente proamericanos (Hayes, 1946: 59-60). Ello explica la presencia de los Estados Unidos en la Feria de Muestras de la Ciudad Condal de 1944, después de una «simbólica» presencia en la edición de 1943 (Hayes, 1946: 300-301). Si hacemos caso a las memorias del embajador Hayes, historiador católico de Columbia, su misión en la capital de España no solo fue diplomática, sino también propagandística, a través de la Casa Americana. Así se difundieron ediciones españolas de las revistas *En Guardia* –que deseaba contrarrestar los efectos de la revista *Signal* de la Wehrmacht– y *Reader's Digest*, con lo cual la cancillería americana en Madrid contó con un agregado cultural a partir de 1943 (Hayes, 1946: 100-101). Durante los años cincuenta, cuando los lazos entre España y los Estados Unidos estaban bien consolidados, la Casa Americana editó *Atlántico*, revista de cultura contemporánea, cuyos números hemos tenido a la vista para elaborar este trabajo.

En sintonía con lo que acabamos de decir, podemos añadir que la conclusión de la epopeya del Oeste no comportó –en modo alguno– el final de la idea de la expansión de los Estados Unidos (Von Doren, 1956: 39). Quizás también por ello su fútbol (*soccer*) no es de evasión (la pelota puede circular libremente por la cancha hasta penetrar en la portería contrincante), sino de invasión, al tener que plantar el balón oval detrás de las líneas defensivas del contrario, lo cual puede corresponder a una mentalidad imperialista derivada de aquella Inglaterra decimonónica considerada la reina de los mares. Sin embargo, algunos autores, como por ejemplo José M^a Massip, intentaron atenuar esta dimensión imperialista de la política americana, quizás porque estaban deseosos de que su llegada a España produjese la modernización y la democratización del país. En cualquier caso, pensamos que no es casual que la armada norteamericana fondease en el puerto de Barcelona en 1929, con ocasión de la Exposición Internacional que tanto hizo por el desarrollo del deporte, no solo del atletismo y la natación, con la construcción del Estadio y las piscinas de Montjuïc, sino también del baloncesto, con la visita de equipos extranjeros (por ejemplo, la Ambrosiana de Milán) que trajeron sus técnicas y tácticas. Al año siguiente, en 1930, llegaba a Barcelona el Foyer Alsacien de Mulhouse, presentado a la sazón como el campeón de Francia (Puyalto y Navarro, 2000: 113-118). Un poco antes, en 1926, el FC Barcelona creaba su equipo de baloncesto.

240

En última instancia, España –alejada del plan Marshall– se vio favorecida por la firma de los pactos con los Estados Unidos en 1953, en medio de las tensiones con la Unión Soviética y las tropas del Pacto de Varsovia. En 1957 nacía la liga española de baloncesto, que contó con un defensor acérrimo de este deporte, el dirigente madridista Raimundo Saporta. A partir de entonces, la difusión y la profesionalización del baloncesto no tuvo ningún tipo de trabas y los enfrentamientos entre el Real Madrid (cuyo equipo de baloncesto nació en 1931) y el TSKA de Moscú, el equipo del ejército rojo, tuvieron un eco similar al que supuso la final de la Eurocopa de fútbol de 1964, ganada en Madrid por España ante la URSS por 2 a 1, con el mítico gol de Marcelino. Todavía tenemos grabadas en nuestras retinas las imágenes del No-Do en que se veía a los jugadores soviéticos de excursión al Valle de los Caídos. El TSKA (hoy CSKA) ganó la Copa de Europa frente al Real Madrid en la final de 1963, disputada después de tres partidos. En la edición de 1964-65, el equipo blanco obtuvo la victoria frente a los rusos en una final a doble partido.

Justamente por aquellos años, Televisión Española puso en marcha el programa juvenil «Cesta y puntos», bajo la batuta del periodista

Daniel Vindel, que contaba con el apoyo de su esposa Aurora López. El programa, que estuvo en antena durante varias temporadas (entre 1966 y 1971), se inspiraba en las reglas del baloncesto y ponía a prueba el conocimiento –que era mucho– de los estudiantes de bachillerato de los distintos colegios e institutos de España. Además de obtener un Premio Ondas en 1968, «Cesta y puntos» sirvió para aunar el conocimiento intelectual con el deporte, en un todo de estructura ágil que recordaba el sentido deportivo de la tradición colegial anglosajona, en especial la norteamericana. De alguna manera, y salvando todas las distancias, aquellos jóvenes empollones que lo sabían todo de física, historia o latín no daban la espalda al deporte, en un momento en que la educación física en España seguía dominada por la Falange, con su gimnasia de orden cerrado y sus saltos de aparatos, aspectos que sonaban a cosas anticuadas propias de un pasado del todo superado, a pesar de que desde el Instituto Nacional de Educación Física de Madrid –inaugurado en 1965– se lanzaban campañas a favor de la modernización de la gimnasia².

Con este telón de fondo, se puede inferir que el baloncesto –en menor medida que el fútbol– también sirvió a los intereses del régimen franquista, con un equipo de bandera como el Real Madrid en el que abundaban, junto a los jugadores españoles –Emiliano fue el más reconocido– norteamericanos nacionalizados como Clifford Luyk, héroe de los sesenta, y Wayne Brabender, líder en los setenta. Por tanto, la conjunción hispano-yanqui podía enfrentarse con éxito a los jugadores soviéticos en la cancha del baloncesto, aunque fuera en un frontón –el madrileño de Fiesta Alegre– convenientemente adaptado. Por otro lado, en 1971 se erigía el Palau Blaugrana de Barcelona, que mejoraba las instalaciones del Palacio Municipal de los Deportes de Montjuïc, levantado con ocasión de los Juegos del Mediterráneo (1955). Poco a poco, las ciudades españolas también empezaban a contar con pabellones deportivos que permitían jugar

² Así, por ejemplo, en 1971 la colección Novedades, de la serie Documentación Técnica del Deporte del INEF de Madrid, dedicaba el número 4 a la gimnasia, e incluía traducciones de diversos artículos publicados en Francia y Alemania. Sintomáticamente, uno de los trabajos reproducidos –titulado «Gymnastique» y aparecido en 1969, en la *Revue de l'Éducation Physique*– incluía en el apartado de saltos «recibir el balón sobre el plinto y lanzarlo sobre un objeto determinado en el momento de saltar al suelo (aro, plinto, tablero de baloncesto, canasta de baloncesto)». De este modo, el baloncesto servía –aunque fuera indirectamente– como elemento lúdico a fin de limitar la monotonía de la gimnasia, cada vez menos atractiva para unos alumnos que se apasionaban con la práctica deportiva. Recordemos que por aquel entonces, a partir de la llegada de José Antonio Samaranch a la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes (1966), se lanzó la campaña «Contamos contigo» a fin de fomentar la práctica deportiva entre la población española.

al baloncesto en pistas cubiertas, al amparo de las inclemencias meteorológicas, abandonando otras instalaciones menos apropiadas como las plazas de toros o el interior de algunas pistas atléticas, junto a las zonas de lanzamientos.

Consideraciones aparte, no cuesta mucho trabajo observar cómo la americanización de la vida española no depende únicamente de la presencia de las bases militares –una de las puertas de entrada de la música pop–, ni de la exhibición de las películas de Hollywood debidamente supervisadas por la censura, ni de las empresas multinacionales cada vez más presentes en una economía globalizada; sino también del baloncesto, que en este caso actuó de una manera un tanto ingenua, pero no inocente, sirviendo a los intereses culturales norteamericanos. «La americanización no era solo comercial: era un nuevo modo de vida asociado con la juventud, la creatividad, la innovación...» (Niño, 2012: 10).

El ethos americano

Está claro que el *Homo americanus* –y aquí seguimos a un anglófilo como André Maurois (1945), que realizó diversos viajes a los Estados Unidos– se caracteriza por tres aspectos bien definidos que este autor francés designa como los tres fantasmas de Norteamérica. En concreto, se refiere al elemento puritano, a la idiosincrasia del pionero (*pioneer*), que llegó hasta nosotros a través de las aventuras de diversas series televisivas (*Daniel Boone*, *El Virginiano*, etc.) y a la incidencia del feudalismo en los primeros compases de la historia americana. En consecuencia, estos tres aspectos –puritanismo, espíritu de frontera y dimensión medieval– condicionan a ese *Homo americanus* que inventa deportes de nueva planta como el baloncesto, que a su vez –como ya hemos visto– es rectificado por el balonvolea, que también ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos posmodernos con la introducción de la modalidad de playa, lo que da mayor vistosidad y espectacularidad al juego.

Por su parte, el filósofo cubano Jorge Mañach, que frecuentaba la comunidad veraniega docente de Nueva Inglaterra en la década de los cincuenta, en su estudio sobre Dewey nos ha dejado una excelente descripción de este ambiente americano, inherente a los pueblos de Nueva Inglaterra. Allí la imaginación es escasa y el pecado desencadena un drama. Llevado por esta convicción, Mañach señala que la cultura de los Estados Unidos se ha movido entre dos grandes tradiciones: la del puritano y la del pionero; y apostilla a renglón seguido que Emerson, James y Dewey aspiraban a una síntesis. «El

espíritu de frontera da de sí la voluntad de dominio, y el puritanismo cierta hipocresía» (Mañach, 1959: 48). El pensamiento de Dewey –al que volveremos más adelante– intenta conjugar estas influencias, generando una filosofía basada en la experiencia, no en las esencias, y abocada hacia el futuro, cosa lógica si tenemos en cuenta que la lucha por las ideas precipitó la Guerra Civil (1861-1865), acontecimiento que marca un punto de inflexión en la historia norteamericana (Menand, 2002). Por su parte, José María Massip detalló que, a raíz de la crisis de 1929, los Estados Unidos pusieron «en marcha los resortes más sensibles del temperamento nacional: reformismo, moralidad, sentido práctico, igualitarismo» (Massip, 152: 72).

Las raíces del puritanismo –cuya influencia se vislumbra en el baloncesto– se basan en diversos principios. Por un lado, nos encontramos con la imagen del ciudadano surgido de la Independencia, es decir, el pionero, blanco y protestante que responde al perfil del WASP (*White-Anglo-Saxon-Protestant*). No en vano, y como ya hemos visto, el baloncesto nació en un ámbito colegial que responde a esta tipología, si bien no es menos cierto que después de los procesos inmigratorios vividos por los Estados Unidos los afroamericanos también han participado de los beneficios del deporte y, por ende, del baloncesto que quizás por su ascendencia yanqui no ha podido desplazar al fútbol de Europa, ni tampoco de Latinoamérica. Todo indica, además, que en Asia y África la tendencia no se va a torcer a corto plazo, de modo que el fútbol –un juego un tanto elemental y rudimentario que se practica con los pies– continua siendo el deporte rey. Ahora bien, no podemos obviar que el fútbol, en su intento de actualizarse para responder al signo de los tiempos, adopta medidas (cambios de jugadores, tarjetas, minutos añadidos, etc.) inspiradas en el baloncesto, que, por su radical modernidad, aparece como un modelo o paradigma a seguir e imitar por la mayoría de deportes.

El aspecto puritano también es palpable por el control y el límite de las faltas y, en especial, por su reconocimiento público, que choca con la moral católica que vincula el pecado a la confesión en privado. En nuestra opinión, ello responde a su inspiración en la tradición calvinista, que se trasluce en la religiosidad presbiteriana que, de la mano de John Knox, se impuso en Escocia y, más tarde, se trasladó a los Estados Unidos, alimentando el caldo de cultivo del que emergió el baloncesto. Refiriéndose a los hombres y las mujeres que llegaron a las costas de Nueva Inglaterra, Maurois señala que «su poesía venía de la Biblia, y su moral, de Calvino» (Maurois, 1945: 91). La Prohibición o ley seca –violada una y mil veces con la connivencia de algunas autoridades–, que estuvo vigente entre el 16 de enero de

1920 y el 5 de diciembre de 1933, es un fiel reflejo de ese puritanismo, promovido por republicanos y demócratas, que consideraban que las tabernas eran unos antros de vicio y pecado. «Si se opina que el alcohol es un vicio y un pecado (enmienda XVIII), se prohíbe su consumo, y si pocos años después se cree que es estupendo emborracharse, se autoriza la producción y comercio de alcohol (enmienda XXI)» (Royo, 1959: 235). Este escaso apego al peso de la historia y de la tradición genera un horizonte de cambio y reforma constantes, extremo que también se deja sentir en las reglas del baloncesto, que se modifican sin demasiadas resistencias de modo que nunca quedan petrificadas. Además, y visto desde la distancia, es posible suponer que el puritanismo americano también influyese en el baloncesto y el balonvolea, al limitarse en el primero el número de faltas y al impedirse en el segundo el contacto físico entre los equipos.

Como no podía ser de otra manera, la irrupción de los afroamericanos en la década de los años cincuenta marcó un hito en la historia del baloncesto, al atenuarse la discriminación racial. En concreto, se señala el año 1950 –en plena Guerra Fría– como un cambio radical para que el negro acompañara al blanco en el mundo del baloncesto. Si los negros fueron movilizados durante la Primera Guerra Mundial, después de la Segunda adquirieron una conciencia que les llevó a luchar por la defensa de sus derechos civiles, a la par que las decisiones judiciales ponían cerco a la segregación racial. Así pues, en 1950, Chuck Cooper fue el primer jugador elegido en un *draft* mientras Earl Lloyd era el primero en debutar en la NBA, un día antes que Cooper y cuatro días de antelación respecto a Nat «Sweetwater» Clifton. En este elenco de jugadores de color, también cabe destacar el nombre de William «Bill» Russell, el cual, después de haber nacido en Luisiana, donde su familia sufrió toda clase de vejaciones, acabó convirtiéndose en una estrella de los Boston Celtics tras obtenerla medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Melbourne (1956). Después de sus éxitos deportivos como jugador, defendiendo durante trece temporadas a los Boston Celtics, Russell llegó a ser el primer entrenador de color de la NBA frente a su equipo de siempre, entre 1966 y 1969. Mientras tanto, se habían producido los acontecimientos de 1968, junto con los Juegos Olímpicos de México, que fueron los primeros organizados por un país en vías de desarrollo.

Ciertamente la década de los sesenta –que asistió al inicio de la Guerra del Vietnam (1964-1973)– supuso una serie de novedades (drogas, libertad sexual, *hippies*, cultura *underground*, etc.) que significaron un cambio de ritmo en la vida norteamericana, que entró en una fase convulsa y agitada (Racionero, 1980). En 1963 el presidente

John F. Kennedy –el primer católico que llegó a la Casa Blanca– era víctima de un complot en Dallas. Con todo, los magnicidios no cesaron: en 1965 era asesinado el dirigente negro Malcolm X, promotor del Muslim Mosque e inspirador del movimiento de las Panteras Negras, mientras que en 1968 también caía violentamente Martin Luther King, líder de la lucha contra la segregación racial, que en el mundo de la NBA había empezado a retroceder. Ahora bien, el *Black Power* utilizó los Juegos de México (1968) para denunciar la marginación de los negros que promovieron el movimiento de los Musulmanes Negros (*Black Muslims*). Este conjunto de factores afectó al deporte en general, no solo al boxeo –con el caso emblemático de Cassius Clay–, sino también al baloncesto, con lo que se quebraba –como mínimo parcialmente– uno de sus tópicos principales: que fuese un deporte identificado con el perfil del WASP. Por su parte, Kareem Abdul-Jabbar –un ejemplo para la juventud mundial– se convirtió al islam después de leer una biografía sobre Malcolm X. Hoy no es infrecuente ver en la NBA a jugadores que profesan la religión del islam, después de que Shaquille O’Neal también abrazara la religión musulmana. Entretanto, el cine norteamericano estrenaba en 1967 la comedia *Adivina quién viene a cenar esta noche*, con Spencer Tracy, Sidney Poitier y Katharine Hepburn, que ponía al descubierto las contradicciones de una familia de ideas avanzadas que quedaba un tanto desorientada ante el noviazgo de su hija con un médico negro.

Ante este estado de cosas, que marca el inicio del dominio de los jugadores afroamericanos en la NBA, no es de extrañar que de la misma manera que en el campo del boxeo se haya anhelado un campeón blanco de los pesos pesados, algo similar haya acontecido en ocasiones con el baloncesto. Recordemos, además, que el mito de la «esperanza blanca» constituye una leyenda bien real, desde el momento en que Jack Johnson (1878-1946) consiguió el campeonato mundial de los pesos pesados en 1908, cetro que ocupó hasta 1915. Ningún boxeador blanco pudo arrebatarle el título mundial, y probablemente se convirtió en la persona afroamericana más conocida de su tiempo. Aunque las comparaciones siempre resultan odiosas, la presencia de Larry Bird –hijo de una familia humilde y con problemas sociales de toda índole– bien puede responder a este mito de la esperanza blanca, surgida en el momento en que el baloncesto se convirtió en una práctica dominada por los afroamericanos. Todavía hoy están en la memoria de los aficionados las trece temporadas seguidas que Bird jugó, precisamente, con los Boston Celtics, cuando los jugadores afroamericanos –aceptados a regañadientes por la NBA– se habían hecho los grandes dominadores de este juego. Sin embargo, repárese en el hecho de que la selección norteamericana-

na que ha concurrido a los últimos Juegos Olímpicos (Londres, 2012) presenta todavía el estigma de la discriminación: mientras la mayoría de los jugadores yanquis –pertenecientes a la NBA– son de color, los miembros del *staff* técnico son blancos.

No está de más destacar que la religión constituye uno de los rasgos característicos del *ethos* norteamericano. Bien mirado, la religiosidad –ya sea cuántica, metodista o de cualquier otra confesión, incluso la musulmana– aparece como uno de los elementos definitorios de la vida pública y privada de los Estados Unidos. Desde el siglo XVII, y situando su origen en Massachusetts, el cuarto jueves del mes de noviembre se celebra la fiesta de Acción de Gracias, que incluye la conocida cena familiar con el pavo asado. Sin negar que el origen de esta celebración esté en las fiestas para agradecer el beneficio de las cosechas, hoy sabemos que el día siguiente –el viernes de la cuarta semana de dicho mes– empieza el período de las compras de Navidad, con lo que la religión y el consumo encuentran un punto de conexión. Poco antes, se ha iniciado la temporada de la NBA en la primera semana de noviembre, y la liga se paraliza en el mes de febrero –coincidiendo con los carnavales– para celebrar el All-Star Game. Aquí la fiesta deportiva convertida en espectáculo sustituye la licencia carnavalesca, condenada por el rigorismo puritano e, incluso, por la fe musulmana.

246

En España todavía recordamos el famoso torneo de Navidad organizado por el Real Madrid, que desde 1965 y hasta 2006 tanto hizo para difundir el baloncesto, sobre todo mediante las retransmisiones televisivas, invitando a equipos y selecciones que eran difíciles de ver en otras competiciones, debido a la debilidad de nuestro deporte y a la falta de ligas continentales y éxitos olímpicos. Precisamente, Francisco «Nino» Buscató –famoso jugador del Joventut de Badalona– fue distinguido por la Unesco con el premio Fair Play (1970), por un lance de juego que aconteció en el Torneo de Navidad de 1969, al renunciar a proseguir una jugada ante la lesión de un jugador del Real Madrid.

Únicamente el Joventut de Badalona –la famosa Peña Spirit, en honor del *Spirit of Saint Louis*, el avión de fabricación norteamericana pilotado por el estadounidense Charles Lindbergh, que cruzó el Atlántico de Nueva York a París en 1927 sin repostar³, acudía con cierta frecuencia al Torneo de Navidad. Mientras vemos como la liga

³ En 1910 tuvo lugar en San Luis la primera reunión aérea norteamericana, con la participación de cinco pilotos de aquella ciudad. De ahí que Charles Lindbergh bautizara a su aeroplano con el nombre de Spirit of Saint Louis. Entre 1974 y 1976, funcionó el equipo Spirits of Saint Louis, enrolado en la American Basketball Association-ABA (1967-1976).

de fútbol se suspende en España con motivo de las fiestas navideñas, ello no sucede con el baloncesto, que, en atención precisamente a su carga puritana, es compatible con las fiestas religiosas del calendario porque desde esta perspectiva deporte y religión no son excluyentes. Muy al contrario: el deporte queda supeditado a la fe, articulándose el ejercicio físico a manera de una especie de propedéutica o preparación físico-espiritual, de alto voltaje pedagógico y moral, con lo que su conciliación es más que posible. Aquí resuena el eco de las palabras paulinas en la primera carta a los ciudadanos de Corinto, organizadora de los Juegos del Istmo: «¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio?» (I Corintios, IX, 24). Si en el estadio todos los atletas luchan mas uno solo se lleva la medalla, en la vida hay que perseguir el objetivo de la eternidad que es accesible a cualquier cristiano que porfíe ardorosa y noblemente.

Por supuesto, la cosa no termina aquí, porque los vínculos entre la religión y la vida norteamericana se hacen también palpables en la divisa del dólar «In God we trust» (En Dios confiamos) que, partir del 1 de octubre de 1957 aparece en los billetes y que vino a sustituir el anterior «E Pluribus Unum», que procedía de la época de la Independencia y significaba «de muchos saldrá uno solo». En efecto, uno –el nuevo país surgido de la Declaración de 1776– provenía de los trece estados, entre ellos Massachusetts, que se federaron en uno. Por aquel entonces –nos encontramos a comienzos del mes de octubre de 1957–, hacía poco que se había producido la invasión soviética de Hungría, que tuvo lugar entre el 23 de octubre y el 10 de noviembre de 1956, pocos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Melbourne, el 22 de noviembre. A estas alturas, la idea de Dios se identificaba con las mejores esencias de la cultura norteamericana, hasta el punto que América aparecía como el crisol divino, llegando incluso a constituir un halo metafísico que recordaba la poesía de Whitman. «Dios está creando al norteamericano, fundiéndole en un gran crisol en el fuego de la necesidad, y añadiendo para acelerar la reacción el catalítico de la oportunidad social y económica. Es significativo que Dios esté realizando el trabajo. Quizá solamente Dios puede hacer un norteamericano» (Von Doren, 1956: 37).

En resumidas cuentas, la Guerra Fría se encontraba en uno de sus puntos más álgidos, coincidiendo además con el lanzamiento del Sputnik, el primer satélite artificial, que fue puesto en órbita por los soviéticos el 4 de octubre de 1957. Solo tres días separaron ambos acontecimientos, esto es, el cambio de lema en el dólar y el inicio de la era espacial. Frente al materialismo ateo comunista de los países que se encontraban detrás del telón de acero, los Estados

Unidos –que entre 1953 y 1960 estuvieron presididos por el general Dwight D. Eisenhower, «Ike», destacado jugador de rugby en sus años de estudiante y apasionado por el golf más tarde– apelaban a la fe y al espíritu de los pioneros, sellando una alianza entre la religiosidad y el capitalismo que no ha hecho más que crecer, con la aparición –desde comienzos del siglo pasado– de las corrientes fundamentalistas, que surgieron en torno a 1915 como una reacción a las primeras manifestaciones de incredulidad y secularización. En todo caso, pocos meses después del lanzamiento del Sputnik, los norteamericanos propulsaron el cohete Júpiter, desencadenándose una guerra por el dominio del espacio que concluyó –en su primera fase– en 1969, con la llegada de los yanquis a la Luna.

Ahora bien, a raíz de la Gran Guerra (1914-1918) –en que se organizó una Olimpiada interaliada que en baloncesto ganaron las tropas norteamericanas frente a las italianas–, se acentuaron en los Estados Unidos los primeros síntomas de escepticismo religioso, que aumentaron después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Incluso en el contexto pacifista que siguió a la Primera Guerra Mundial, los ideales del movimiento del *Muscular Christianity* entraron en cierta decadencia, al ser tildados de proclives al militarismo, situación que se agudizó a raíz del *crack* de 1929, cuando muchos jóvenes universitarios –se habla de cuatro millones de graduados– no encontraban trabajo. André Maurois, en su crónica de los Estados Unidos, da cuenta de lo que vio en la Universidad de Princeton –un establecimiento de ascendencia presbiteriana, instalado en el estado de Nueva Jersey– en 1930, cuando los estudiantes, en contra del orden y de lo que mandaba el Presidente de la Universidad, arrancaron de su emplazamiento la estatua del estudiante cristiano (*Christian Student*) o atleta cristiano (*Christian Athlete*). Se trataba de una estatua erigida por Daniel Chester French, famoso artista norteamericano, y dedicada a William Ear Dodge Jr., el cual había liderado un equipo intercolegial del YMCA que en 1876 jugaba al fútbol americano, deporte que hacía poco había entrado en las Universidades. La estatua de William Ear Dodge Jr., fallecido a la temprana edad de veinticinco años, fue sufragada por su hermano Cleveland H. Dodge en 1879, a fin de perpetuar la memoria del difunto, que de este modo adquiriría la condición de modelo ejemplar de estudiante y deportista cristiano que no podía jugar al baloncesto porque, sencillamente, todavía no se había inventado. Hoy dicha Universidad posee un importante equipo de baloncesto, el Princeton University, enrolado en la NCAA, que durante veintinueve temporadas entre 1967 y 1996 tuvo como entrenador al

legendario Peter J. «Pete» Carril, siendo sus jugadores conocidos con el apelativo de los «tigres».

Cincuenta años después de haberse erigido aquella estatua, los nuevos estudiantes –inmersos en las preocupaciones derivadas de la crisis de 1929– se habían distanciado del sentido puritano que determinaba los valores originarios del *ethos* norteamericano. Al preguntar a los estudiantes por qué habían desplazado la estatua en cuestión, uno de ellos respondió:

«Hay que comprender que esa estatua es el símbolo de todo cuanto nosotros odiamos. Representa al Joven Bueno que lleva una Biblia bajo el brazo y un balón de fútbol en el otro. Fue donada a la Universidad para honrar ese tipo de atleta devoto y respetable, que nuestra generación aborrece. Lo que perseguimos es lo que ella simboliza, no la estatua en sí» (Maurois, 1945: 115).

Más que la Biblia, aquel joven llevaba en su mano izquierda unos pocos libros, entre los que hay que suponer que se encontraba el texto sagrado. Además, si sustituimos el balón oval de fútbol por el esférico de baloncesto, bien podemos trasladar mentalmente la estatua del atleta cristiano al círculo del YMCA, donde apareció el deporte de la canasta. Al parecer, no era la primera vez que los alumnos de Princeton gastaban una jugarreta a dicha estatua, que finalmente fue retirada. Da la impresión, pues, que en aquellos momentos el ideal puritano, que combina la religión y el deporte, estaba de capa caída, en franco retroceso, si bien hoy mantiene su vigencia en algunos ambientes como los mormónicos. En el fondo, y aunque sea de una manera difusa, este puritanismo ha llegado hasta nosotros a través de la música pop, con la canción «YMCA» que el conjunto Village People lanzó a la fama en 1979, si bien en un primer momento la organización juvenil demandó al citado conjunto musical, integrado por homosexuales.

Entre las notas que distinguen a la figura del pionero, y a su espíritu de frontera, Maurois cita las siguientes: la igualdad, la acción, la caballerosidad, el nomadismo que significa estar dispuesto a viajar y el optimismo, porque el norteamericano confía en el futuro de modo que siempre está ávido de novedades. «El empuje hacia el Oeste y la abundancia de inmigrantes del otro lado del Océano obligaron a la sociedad norteamericana, durante el siglo XIX, a un constante estado de movimiento. La aparición de la industria del automóvil viene a dar carácter definitivo a ese estado de cosas» (Conant, 1957: 8-9).

También José M^a Massip puso de manifiesto la importancia del nomadismo y su pasión por la carretera. «Esto ha creado un tipo especial de posada, el *motel* –de *motor* y *hotel*– en el borde de los caminos»

(Massip, 1952: 50). Poco más adelante, apostilla que el quietismo de los primeros pobladores –asentados en la costa Este– dio paso, con la llegada de oleadas incesantes de emigrantes europeos, a un «nomadismo de grandes muchedumbres en movimiento» (Massip, 1952: 192).

En realidad, la industria automovilística americana no es nada más que una respuesta a la necesidad de desplazamiento en unas ciudades inmensas, donde se camina poco y cuyas calles se han rotulado según una lógica numérica que poco tiene que ver con la memoria y el pasado (Steiner, 2004). Por su lado, la igualdad se observa en el tema del *draft* que algunos autores han vinculado con el velo de ignorancia, inherente a la teoría de la justicia de John Rawls. Siempre hay que ponerse en la posición del más débil, del que posee menos posibilidades, lo cual se hace palpable en el fichaje de nuevos jugadores en la NBA.

Que el baloncesto responde a un espíritu dinámico, abriéndose constantemente a cambios y modificaciones, está fuera de cualquier duda. Y ello más aún si tenemos en cuenta que se juega con la mano y no con el pie, de manera que es posible establecer paralelismos con el mundo industrial, en el que destaca la importancia de la producción manufacturada. Los Detroit Pistons hacen honor a este mundo fabril e industrial asumiendo la franquicia anterior de los Fort Wayne Pistons, con lo cual el sustrato de los pioneros quedó absorbido por el aspecto industrial en una simbiosis en consonancia con el *ethos* norteamericano. Ni que sea aparentemente una anécdota, hay que recordar que el instituto de la General Motors en Flint (Michigan) fue al principio una escuela de la YMCA, si bien más tarde la propia empresa se hizo cargo de la formación de sus empleados (Atkinson y Maleska, 1966: 146).

Con el correr de los años, la industria aeronáutica y espacial también ha dejado su huella en el universo de la NBA, con equipos como los Seattle Supersonics (1967-2008) y los Houston Rockets. En realidad, estas coincidencias no han de extrañar si tenemos en cuenta que en Springfield –lugar de nacimiento del baloncesto– existía una potente industria del mundo de la automoción. Allí, en aquella ciudad del estado de Massachusetts, se ideó el primer motor de gasolina de automóviles (1892) y la primera motocicleta Indian (1901), cuyo nombre apela a la tradición pionera norteamericana, y que en la actualidad se ha convertido en un modelo de culto.

Cuando se analiza la historia de la educación norteamericana, se apunta la movilidad del sistema educativo que contrasta con la rigidez europea. Por este motivo, se insiste en la importancia de

los *colleges*, que al decir de algunos críticos también responden al espíritu de los pioneros. En rigor, estos establecimientos –a medio camino entre la tradicional educación secundaria y la universidad europeas– asumen la filosofía del pragmatismo y la necesidad de dar respuestas a los cambios sociales. Naturalmente, estos *colleges* han servido para potenciar el deporte universitario en los Estados Unidos, coadyuvando al desarrollo del baloncesto. Entre estos equipos, destacamos el Boston College, las «águilas», que vimos en gira durante el verano de 2012 en España.

En Francia, la difusión del baloncesto contó con el apoyo de la Federación Gimnástica y Deportiva de los patronatos parroquiales de aquel país. Curiosamente, entre nosotros algunas órdenes religiosas –por ejemplo, los maristas, de procedencia francesa, y los claretianos, siempre atentos a lo que pasaba en América, sin olvidar a los escolapios– han promovido en los patios de sus escuelas los juegos que recurren al uso de la mano, como el balonmano, el baloncesto y el hockey sobre patines, llegándose en ocasiones extremas a repudiar el toque de la pelota con el pie. Por ello, podemos vincular el baloncesto con la pedagogía activa y la búsqueda, por ende, de la obra bien hecha, inherente a un mundo que potencia los productos manipulados y manufacturados, en los que la mano ocupa un lugar privilegiado.

El baloncesto responde igualmente a una idea de caballero que podemos entroncar con el arquetipo del *gentleman*, mediatizada por el movimiento *Muscular Christianity*, que aspiraba a romper el ambiente elitista de las selectivas *Public schools* británicas. Si detrás de la figura del *gentleman* encontramos al caballero medieval, cuya huella se puede detectar en los Cleveland Cavaliers, el *cowboy* simboliza el espíritu del pionero. Hace solo unos años existía el Kansas City Knights, equipo de Kansas City englobado en la American Basketball Association (ABA), que se restauró en el año 2000.

Si repasamos los nombres de los equipos que formaron parte de la primera liga de la American Basketball Association, jugada entre 1967 y 1976, encontramos los Pittsburg Pioneers (1970) y los San Diego Conquistadors (1972-1975), que sintonizan con el espíritu de frontera norteamericano. A riesgo de equivocarnos, pensamos que detrás de la nomenclatura de algunos equipos de la NBA (Denver Nuggets, San Antonio Spurs, etc.) también se detecta la aventura de los pioneros que persiste, de una u otra manera, no solo en el universo mental del norteamericano, sino también en diversos aspectos de su vida cotidiana, como la forma de vestir. «Es inevitable que un pasado tan próximo haya dejado importantes huellas en la estructura social,

ideas políticas y costumbres» (Cartier, 1963: 143). Ni que decir tiene que el baloncesto también ha servido para americanizar el mundo, ya que incluso durante los años de la Guerra Fría los marines de la Sexta Flota americana –con base en Italia desde 1946– llevaron este deporte a muchos puertos de la vieja Europa a pesar de la propaganda antiamericana existente (*Yankee go Home!*).

De tal suerte que detectamos en el perfil del *Homo americanus* –que al fin y a la postre refleja la mentalidad americana– el trasfondo de la expansión y la colonización hacia el Oeste, que el cine ha revivido a través del *Far West*, género que, aunque hoy no pasa por sus mejores momentos, en su día marcaba el solaz recreo de muchas personas, jóvenes y adultas. Incluso Hitler disfrutaba con la visión de este tipo de películas que reviven la aventura del Oeste, cosa que también ha hecho el baloncesto al colonizar todos los territorios de los Estados Unidos y, más tarde, del mundo entero.

El baloncesto, con su pasión por las estadísticas, también refleja la mentalidad norteamericana, con su gusto por las cifras (Poblet, 1956: 63). Ello, además, es propio de una sociedad de contabilidad, en la que el cálculo matemático permite abordar –gracias a la previsión– la optimización del futuro según la fórmula del utilitarismo de conseguir el máximo bien con la mínima inversión, anticipando –como hacen los entrenadores en sus pizarras– el desarrollo y el desenlace de las jugadas. Todos recordamos la jocosidad con que hace tan solo unos pocos años los medios periodísticos españoles saludaron a un entrenador de fútbol holandés que se atrevió a llevar consigo una libreta para hacer anotaciones en el transcurso de los partidos de nuestra liga.

En este punto, y a fin de insistir en los lazos entre el baloncesto y la religión, podemos traer a colación los vínculos entre los mormones y el baloncesto. Joseph Smith, nacido en 1805, fue hijo de un colono cuyo retrato corresponde a la imagen del pionero norteamericano que recoge el espíritu de frontera. Educado en el seno de una familia presbiteriana, tuvo diversas visiones y revelaciones, y en 1830 se publicó *El Libro del mormón*. Pronto surgió la nueva Iglesia, en Fayette, condado de Séneca, en el estado de Nueva York. Los conversos de otras confesiones no hicieron más que aumentar el número de adeptos, que sufrieron muchas vicisitudes en la colonización del estado de Utah, a donde fueron a parar hacia mediados del siglo XIX.

En 1847 los mormones descubrieron el paisaje del lago salado, esto es, la ciudad de Salt Lake City (equiparada a una verdadera Sion), que organizó los Juegos Olímpicos de invierno de 2002. Precisamente, Willard Mitt Romney, el candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos en 2012, trabajó con notable éxito en el comité

organizador de aquellos Juegos de invierno. Por vez primera, un mormón disputaba la presidencia del país más poderoso del mundo, después de que entre los años 2003 y 2007 Romney fuese gobernador del estado de Massachusetts.

«Si Nevada», escribe Raymond Cartier, «con Reno y Las Vegas, es un desierto enriquecido por el pecado, Utah es un desierto fecundado por la fe» (1963: 125). En su largo peregrinaje hacia Utah, los mormones perdieron miles de miembros de la comunidad, hasta tal punto que se estableció una especie de teocracia al frente de la cual se situó Brigham Young, y aquel territorio pobre y con escasos recursos se convirtió en un emporio económico. Finalmente, la oposición de las autoridades gubernamentales respecto a la manera de organizar la vida de los mormones dio los resultados esperados, y Utah pasó a ser, en 1896, un estado más de la Unión. El hecho de que en la actualidad su equipo en la NBA responda al nombre de Utah Jazz no deja de ser una prueba más del sincretismo posmoderno, ya que combina el puritanismo mormón con el espíritu musical afroamericano del jazz, al proceder la franquicia de Nueva Orleans.

Pero que nadie piense que las cosas han cambiado totalmente, porque ello nos induciría a error. El puritanismo de los mormones –que ha dado grandes jugadores de baloncesto– está fuera de cualquier duda. En 1952 José M^a Massip se hacía eco de que «una de las batallas más difíciles para *Coca-Cola* en Norteamérica ha sido la del estado de Utah, porque el producto contiene, al parecer, caféina, una droga» (Massip, 1952: 52). Hace solo unos meses, saltó a la red el caso de un joven jugador, Brandon Davies, precisamente del equipo de la Brigham Young University (BYU), enrolado en la prestigiosa NCAA (*National Collegiate Athletic Association*), que fue separado del conjunto por haber mantenido relaciones sexuales con su novia. Esta decisión contó, además, con el beneplácito de su entrenador, Dave Rose. Está claro que los jóvenes mormones han de seguir una vida ejemplar, sin quebrantar la abstinencia sexual y alcohólica. El lema de su camiseta –que llevan estampado de manera bien nítida a la altura del pecho– dice, simplemente, lo siguiente: *I can't. I'm mormon* («No puedo, soy mormón»). Tal significación implica que cualquier joven –sea del sexo que sea– tiene prohibido beber, fumar, ingerir drogas y mantener relaciones sexuales prematrimoniales, a la vez que está obligado a asistir el domingo al oficio religioso durante tres horas, y a contribuir con donativos al sostenimiento de la comunidad. Y ello sin olvidar las misiones que vemos en las ciudades, la ya clásica estampa de dos jóvenes mormones, altos y bien vestidos, que ejercen su apostolado por las calles y de puerta en puerta. Incluso

en alejadas capitales de provincia hemos detectado la presencia de jóvenes mormones que cumplen con sus obligaciones pastorales.

Una vez más, el puritanismo aflora con toda su fuerza en el baloncesto, extremo que sería impensable en la vieja Europa, donde el catolicismo no exige este tipo de medidas. Quizás por ello un converso como G. K. Chesterton escribió en su obra *Ortoxodia*, que data de 1908, lo siguiente: «Aquellos países de Europa donde todavía es grande la influencia del sacerdote son los únicos donde todavía se baila y se canta, y donde hay todavía trajes pintorescos y arte al aire libre. La doctrina y la disciplina católicas son muros, si se quiere; pero son los muros de un teatro de regocijos» (Chesterton, 1962: 248). Con este antecedente, bien se comprenden las palabras de Julio Camba cuando se refería a San Francisco como una ciudad católica, mientras que calificaba Los Angeles de ciudad puritana. Según Cartier, Los Angeles –fundada en 1871 por frailes españoles– surgió de dos formas de agitación moderna: la competencia y la publicidad (Cartier, 1963: 50). Aunque sea una simple anécdota, en Los Angeles encontramos dos franquicias de la NBA: –Los Angeles Clippers, que anteriormente habían estado vinculados a San Diego, y Los Angeles Lakers, donde juega nuestro Pau Gasol, una especie de esperanza blanca europea trasladada al Pacífico.

254

El texto de Chesterton –que procedía del anglicanismo y que conocía perfectamente el puritanismo de la época victoriana– identifica el juego y la diversión con el catolicismo, que –recordemos– permite el juego gracias a la virtud aristotélica de la eutrapelia que pasó al orbe cristiano –y por extensión, católico– gracias a santo Tomás de Aquino, circunstancia rechazada por el calvinismo. Si el anglicanismo se perfila como una vida media entre el catolicismo permisivo y el férreo calvinismo, presente igualmente en la religión presbiteriana, que cercena el ocio y la diversión, qué hemos de decir del puritanismo norteamericano, alimentado por una serie de religiosidades –como el metodismo y el cuaquerismo– que tuvieron dificultades en Inglaterra, al chocar con los intereses de la Iglesia anglicana, una estructura nacional y oficial. Sin embargo, y a fin de resaltar la complejidad de esta fenomenología, no hay que perder de vista que la presencia católica en los Estados Unidos ha aumentado sensiblemente, primero con la llegada de irlandeses e italianos, y más tarde de latinoamericanos. Se calcula –si hacemos caso a los datos aportados por el profesor Niño (2012: 16)– que unos veinte millones de europeos emigraron a los Estados Unidos en la época finisecular, cuando el siglo xx empezaba a alborear.

Bien significativo es el número de mormones que han jugado en España. Algunos de ellos, como Brian Jackson –uno de los máximos anotadores de nuestra liga–, pasaron doce años en diversos clubes, entre ellos el Real Madrid. Igualmente es conocido el caso de Steve Trumbo, que jugó en las filas del FC Barcelona. Los nombres pueden seguir y, entre ellos, rescatamos el de Andy Toolson, que en un artículo de la red –escrito por Javier Ortiz, redactor de *El Periódico* de Extremadura– reconocía que «ser mormón te ayuda a ser jugador de baloncesto, ordenado, recto, pero no solo ello». Desde este punto de vista, y si recordamos los escritos sobre psicología de la religión de William James, a quien Eugenio d’Ors dedicó una glosa en 1910, la religiosidad posee un sentido práctico y utilitario, a la vez que permite una *metanoia* o conversión como la de san Pablo, el apóstol de los deportistas.

En otras palabras, la fe y el deporte, la vida religiosa y la moral deportiva, poseen más concomitancias de lo que uno a veces se imagina, porque detrás de ambas –de la religión y del deporte– se da una ascética que tiene mucho de lucha y sacrificio y que, por ende, recuerda la agonística helénica y patrística. No olvidemos, además, que con ocasión de los Juegos Olímpicos de Londres de 1908 –la primera de las tres ediciones que ha organizado la capital británica–, el obispo episcopaliano Ethelbert Talbot manifestó públicamente aquellas palabras que han sido atribuidas erróneamente al barón Pierre de Coubertin. «En estos juegos, más que ganar, lo importante es participar, como en la vida es más trascendente la manera con que se lucha que la victoria que se puede conseguir.»

Es verdad que el espíritu del Ramiro de Maeztu no se puede vincular directamente a este ambiente, pero sí indirectamente, habida cuenta del sustrato pedagógico que subyace en el Estudiantes, equipo colegial cuya pedagogía bebe remotamente en las fuentes de la Institución Libre de Enseñanza. No en balde, aquel gran proyecto pedagógico inspirado por Francisco Giner de los Ríos combinaba la educación intelectual con la formación del carácter a través del ejercicio físico y el deporte, sin olvidar una religiosidad de inspiración cristiana en sintonía con los ideales de la humanidad del krausismo. Como bien apunta el profesor Antonio Niño, el ambiente institucionista –en especial el Instituto Internacional de Señoritas de Madrid– propició el proceso de americanización de la vida española (Niño, 2012: 184-187).

En atención a estos antecedentes, parece incuestionable que el Instituto Ramiro de Maeztu –creado por disposiciones oficiales del 4 de abril de 1939, tres días después de finalizar la Guerra Civil, para

suplantar al anterior Instituto-Escuela, que reflejaba el espíritu y el talante institucionista– introdujo el baloncesto durante el curso 1948-49, poco después su equipo alcanzó, en la temporada 1950-51, la primera categoría de la época (Alvira, 1992). En buena medida, tales éxitos se debieron al empeño de Antonio Magariños, un catedrático de latín que no practicaba deporte alguno pero que como buen conocedor de la cultura clásica era consciente de la importancia del aforismo «*mens sana in corpore sano*» que Juvenal incluyó en su sátira décima.

También en Cataluña, y a través de los canales pedagógicos (ya fuesen los tempranos viajes de Eladi Homs a los Estados Unidos entre 1907 y 1910, o bien la labor del escolapio Eusebio Millán a partir de 1921), el baloncesto se institucionalizó por vía pedagógica, y puede decirse que pasó del patio de las escuelas a las pistas o canchas deportivas (Puyalto, 2008). Todo indica que la preferencia pedagógica por el baloncesto, en detrimento del fútbol, se debe en la mayoría de las ocasiones a su componente puritano y a su disposición motriz, que favorece la habilidad manual propia del mundo industrial. Sea como fuere, el primer partido de baloncesto disputado en España tuvo lugar el 8 de diciembre de 1922 en Barcelona, en la ex villa de Gracia, en el campo de fútbol del CD Europa, con las cestas apoyadas sobre las porterías. En aquella ocasión se enfrentaron el Laietà y el equipo graciense, y ganaron los primeros por el exiguo resultado de 8 a 2 (Puyalto y Navarro, 2000: 82).

Sorprendentemente, en España el baloncesto también se sirvió del Ejército como vía de penetración. Conviene tener en cuenta la reticencia hacia los yanquis de nuestros militares, por causa de la guerra con los Estados Unidos precipitada por la explosión del Maine, el buque norteamericano fondeado en el puerto de La Habana, un enfrentamiento bélico que determinó la pérdida de las últimas colonias españolas (1898). Pero por aquel entonces, después de su participación en la Primera Guerra Mundial, las tropas norteamericanas habían ganado el prestigio que antaño habían poseído las fuerzas prusianas del Segundo Imperio alemán. Por tanto, no extraña que el *Manual para las clases de tropa del arma de Infantería* (1929) –que todavía insiste en la instrucción como elemento básico para la preparación de la soldadesca– contemple una serie de juegos deportivos, entre los que encontramos el balonvolea, el baloncesto y el balompié. A su lado, y a manera de ejercicios potestativos, se incluyen la pelota vasca y los bolos⁴. Todo apunta que el Directorio Militar del

⁴ Recordemos que los anuncios que se pueden leer todavía en algunas paredes de

General Primo de Rivera potenció el baloncesto a través del Servicio Nacional de Educación Física y Premilitar, y fue el responsable de su introducción en poblaciones de gran solera deportiva como Mataró (Puyalto y Navarro, 2000: 126-129).

Después del puritanismo, llega el espectáculo

Huelga decir que a lo largo del siglo xx el *Homo americanus* ha dado lugar al imaginario colectivo del *American way of life* y, por extensión, al *American dream*. Aunque se trate de un simple azar, podemos añadir que la Novena Sinfonía de Antonín Dvorak, la Sinfonía del Nuevo Mundo, data de 1893, dos años después de la invención del baloncesto. A su vez, la publicidad con su iconografía –recordemos el famoso cartel del Tío Sam llamando al reclutamiento durante la Primera Guerra Mundial– y la industria cinematográfica favorecieron la configuración mental de este imaginario, tal como reflejó D. W. Griffith en la película *El nacimiento de una nación* (1914). Precisamente, el embajador Hayes recuerda que el 12 de febrero de 1943 organizó una exhibición de cuatro horas de *Lo que el viento se llevó* (1939), en uno de los principales teatros de Madrid, con la oposición callejera de jóvenes falangistas que la criticaban por su pretendida inmoralidad. «También asistieron a la fiesta la familia del Ministro de Asuntos Exteriores y cerca de un millar de españoles. El acto resultó brillantísimo y una de nuestras mejores armas de propaganda» (Hayes, 1946: 126).

257

En otro orden de cosas, sabemos que el pragmatismo irrumpió en la historia norteamericana en el último tercio del siglo xix, de la mano de pensadores como Charles Sanders Peirce, William James y John Dewey. Ya hemos indicado más arriba que Dewey –que se formó en Vermont, en Nueva Inglaterra– refleja la fusión entre puritanismo y espíritu de frontera. Sin embargo, a menudo se considera que el pragmatismo representa una posición filosófica surgida de la simbiosis entre el idealismo (Hegel), el evolucionismo (Darwin) y el utilitarismo (Stuart Mill). En su autobiografía, Dewey dio cuenta y razón de sus años de formación y, más concretamente, de la influencia hegeliana:

«Hay, sin embargo, algunas razones subjetivas que justifican el influjo que Hegel tuvo sobre mí; satisfacía el ansia de unificación que yo sentía tan intensamente y que, aunque de origen emocional, no podía tener desahogo sino

los viejos edificios de ciertas ciudades, en los que se prohíbe «fijar carteles y jugar a la pelota», hacen referencia a la pelota vasca.

en la inteligencia. Es casi imposible revivir hoy ese estado de ánimo. Pero, como resultado de mi herencia puritana, esa escisión, esa separación impuesta por la cultura de Nueva Inglaterra, ese aislamiento del yo frente al mundo, del espíritu respecto del cuerpo, de la Naturaleza con relación a Dios, me oprimían dolorosamente; o quizás mejor, me laceraban por dentro. Pero la síntesis hegeliana de lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo espiritual, lo divino y lo humano, no era un mero ejercicio de la inteligencia; anunciaba una liberación... Solté amarras del hegelianismo en el curso de los tres lustros siguientes; mi deriva fue lenta y por momentos casi imperceptible. No parece haber habido tampoco razón para ese cambio. Sin embargo no puedo negar, ni menos ignorar, lo que cierto agudo crítico considera un descubrimiento original: que mi contacto con Hegel ha dejado en mi obra un sedimento permanente» (Dewey, 1949: 21-22).

Como vemos, el pragmatismo también aparece como una respuesta a la escisión que el *ethos* norteamericano produjo en las conciencias de Nueva Inglaterra, representando un freno para la evolución. No cuesta mucho trabajo comprender que la vida americana, después de la Primera Guerra Mundial, cuando el puritanismo empezó a rebajar su presión, intentó suturar las escisiones, por ejemplo, entre una moral rígida y la permisividad sexual, o bien entre un modo de vida austero y el sentido lúdico. La cosa no acabó de cerrarse –y no sin dificultades– hasta después de la Segunda Guerra Mundial, aunque el pragmatismo que se expandió durante la época de entreguerras procuró salvar estos escollos que perviven a través de la herencia puritana que –en cualquier caso– ofrece una dimensión metódica de la vida que, al congraciarse con el pragmatismo, da una fórmula triunfadora: acción con orden, con método, tal como Max Weber constató en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, aparecida entre 1904 y 1905.

No nos encontramos, pues, ante una acción por la acción, de raíz romántica, sino ante una acción planificada, según corresponde al *ethos* puritano, primero calvinista, y más tarde metodista. Para Weber no es un azar que se diese el nombre de metodistas «a los adeptos del último gran renacimiento de las ideas puritanas en el siglo XVIII» (Weber, 1985: 149). Dicho esto, no está de más añadir que los metodistas han dado soporte al baloncesto, no solo en las universidades norteamericanas –quizás la más conocida sea la Wesleyan University, en honor de John Wesley, padre del movimiento nacido en 1712, aunque existen otros establecimientos (Illinois Wesleyan University,

Southern Wesleyan University, Kansas Wesleyan University, etc.)–, sino también en México, donde el baloncesto llegó probablemente a través de instituciones metodistas a comienzos del siglo pasado.

En vista de lo cual, la convergencia del metodismo de antaño y el pragmatismo de nueva planta dio origen a una nueva filosofía, una naciente manera de pensar que significase un avance respecto al pensamiento de los pioneros. En su autobiografía, Dewey había señalado lo siguiente: «Los últimos veinte años del siglo XIX marcan la terminación definitiva del período de los *pioneers* y la transición hacia la era del desarrollo industrial y mercantil» (Dewey, 1949: 19). Con estos antecedentes, se entiende que el pragmatismo, que se articula como un método de pensamiento y una filosofía, mire siempre hacia delante, orillando cualquier tentación esencialista de las cosas –que había desencadenado la Guerra Civil–, a la vez que aspiraba a evitar la parálisis que comportó el puritanismo. A la luz de todo ello, lo que importa son las razones prácticas que mueven nuestras acciones, la adaptación con éxito a un mundo moderno y democrático en constante cambio que, además, acepte el goce y la diversión, superando la rémora de un pasado puritano.

En último término, el éxito –que en el caso del deporte exige que el espectáculo se imponga, manteniendo un resultado incierto hasta el último aliento de los jugadores– se convierte en el criterio de legitimación de una filosofía que persigue una orientación pragmática que también penetró en el baloncesto con la incorporación de los jugadores negros, que aportaron un plus de alegría y desenfado. También la participación de la mujer –en su papel de animadora, iniciado en los ambientes colegiales y universitarios– incluirá a la chica americana en el espectáculo deportivo. No en vano, y a pesar de que hoy suene a comentario machista y políticamente incorrecto, Julio Camba aseguraba que la más genuina creación de América es la *American girl* porque es la más guapa del mundo. Contra recelosos y puritanos, Camba advertía que la cosa es mucho más seria de lo que parece, ya que «son diosas y, convencidas de su condición divina, no hay nada en el mundo que las arredre» (Camba, 1970: 109). Por su parte, estos comentarios –que hoy sabemos que son reprobables y ofensivos– se pueden ilustrar con otros fragmentos en los que se remarca la silueta de la mujer norteamericana, alta y delgada, ya sea morena o rubia, llegándose a afirmar que las mujeres son, sencillamente, deliciosas, manifestaciones que también hacen suyas de manera similar otros autores (Royo, 1959: 78; Poblet, 1956: 29).

En fin, lo que pretendía decir Camba no era otra cosa que la joven norteamericana es una «chica sana, alegre e intrépida, que puede fumar

dos cajetillas diarias, bailar cien bailes y beber quince *cocktails*», y que, además, exhibe las piernas con despreocupación. Algunos de estos rasgos son patentes en los coros de *cheerleaders* que amenizan los partidos de baloncesto, no solo en los Estados Unidos, sino también en Europa. «Se lanzaban serpentinas; las muchachas animadoras que se colocan en las bandas, no para alentar a los jugadores, sino a los partidarios del equipo, daban saltos de dos o tres metros de altura; y la banda de música rompía a tocar» (Ferrándiz Casares, 1957: 90). A fin de cuentas, más de un jugador ha encontrado su pareja entre estas animadoras, quizás porque, al margen de su apariencia un tanto frívola, este tipo de muchacha «suele ser la mejor amiga y la mejor compañera del mundo» (Camba, 1970: 109). Otros viajeros españoles que visitaron los Estados Unidos a mediados del siglo pasado vieron en estas animadoras una manifestación de la igualdad de sexos, paso previo a la cultura unisex que correspondía a una joven nación como los Estados Unidos.

Incluso Julián Marías, en sus dos obras sobre los Estados Unidos, dedica una especial atención al mundo de la mujer. En *Los Estados Unidos en escorzo* (1956), Marías daba cuenta y razón del protagonismo social de la mujer, de su presencia en todos los ámbitos y de su espíritu juvenil. Concluía con un elogio conciso y definitivo: «En los Estados Unidos, una buena parte de la creación del país ha correspondido a las mujeres casi solas: han sido las educadoras, las realizadoras de grandes fragmentos de la cultura nacional» (Marías, 1964: 463). Años después, en su *Análisis de los Estados Unidos*, Marías dejó constancia del nuevo perfil de la mujer norteamericana, cuyo carácter «nace de la confluencia de tres o cuatro rasgos: confianza, generosidad, imaginación, benevolencia» (Marías, 1970: 127).

Con independencia de estas consideraciones en torno a la mujer, también podemos vincular el pragmatismo a la construcción de rascacielos, bajo el impacto del Empire State Building, erigido entre 1929 y 1931, e inaugurado el 19 de mayo de ese mismo año en plena resaca de la crisis económica. Ya Julio Camba dedicó un capítulo de su crónica de los Estados Unidos –escrita justamente en 1931– a los rascacielos, que, a su entender, no responden a ninguna necesidad, sino al interés de ensamblar un conjunto de novedades técnicas: el cemento armado, la fabricación en serie del acero y los ascensores eléctricos. Entonces, el Empire State Building acababa de superar al Chrysler Building, colosos levantados para liquidar la hegemonía de la Torre Eiffel, procedente de la Exposición Universal de 1889. Definitivamente, el centro de gravedad del mundo se desplazaba de Europa a los Estados Unidos, de París a Nueva York y, más en concreto, a Manhattan,

uno de cuyos rasgos distintivos es la verticalidad. Sin embargo, el ojo crítico de Julio Camba no dejaba de ser corrosivo: «Los Estados Unidos se jactan mucho de su modernidad, pero cuanto más se separan de Europa más tienden a identificarse con las civilizaciones aborígenes del Continente...». A renglón seguido, comparaba la civilización incaica con la norteamericana, que se distingue por ser un conglomerado de individuos, una auténtica masa. «Es una civilización de grandes estructuras arquitectónicas. Es una civilización de insectos» (Camba, 1970: 69-70).

También podemos establecer un paralelismo entre el baloncesto y la filosofía pragmática desde el momento en que nuestro juego está abierto a cualquier novedad, siempre que redunde en beneficio del mismo. Si el fútbol ha estado apegado a la tradición y al inmovilismo, debiéndose jugar con pases rasos y cortos, como corresponde a un deporte arraigado en una cultura cósmica y agraria, el baloncesto hay que ponerlo en conexión directa con el pragmatismo y con la pujante sociedad norteamericana –abierta, industrial y altamente mecanizada–, que mira hacia el futuro y repudia el pasado (Verdú, 1980: 117-122). La comparación que Vicente Verdú establece entre el fútbol y el baloncesto no tiene desperdicio, ya que frente al sueño agropecuario del balompié destaca la modernidad del baloncesto:

«Frente a los atributos de los deportes arraigados en la escena rural, Naismith tuvo en cuenta las coerciones del paisaje urbano, y marcó una cancha de proporciones más restringidas donde los jugadores evolucionan con mayor rapidez y proximidad física. Cuando este deporte alcanzó revalidación oficial en 1934, su morfología –bajo las luces del Madison Square Garden– era una réplica del panorama urbano que se contemplaba desde el exterior. El culto a la altura (dimensión simbólica de la prosperidad norteamericana) hallaba su signo en ese jugador que aún debía saltar sobre su talla excepcional para buscar la meta. Era un juego de erección, patrocinado por USA como lenguaje más elemental del poder, significado en el gigantismo monumental y el falotismo de sus skyscrapers» (Verdú, 1980: 118).

Las precisiones de Verdú en su comparación entre el fútbol y el baloncesto constituyen el reflejo de la diferencia entre la sociedad agraria y la industrial. Por consiguiente, y amén de los atinados juicios de Vicente Verdú, por nuestra parte añadimos que encontramos en la verticalidad de los rascacielos una metáfora de la altura de los

jugadores (verdaderas torres, devaluadas a la condición de simples «armarios» cuando aflora la torpeza en el juego), de modo que la pericia del jugador confirma que el *Homo americanus* es también un *Homo habilis*, que ha de conseguir que la pelota se eleve por el aire hasta penetrar en la canasta en un mundo de números y estadísticas que reflejan los vaivenes de una sociedad de contabilidad siempre ávida de negocios, con sindicatos de jugadores fuertes y patronales no menos contundentes capaces de organizar un *lock out* como el vivido en la NBA en 2011, que obligó a reducir el número de partidos y retrasar el inicio de la competición hasta la Navidad. Está claro que todo ello trasluce la imagen del funcionamiento del mundo capitalista, con unos sindicatos que concitaron la atención de nuestros viajeros durante el siglo pasado (Massip, 1952: 89-108).

Además del tema del espacio –que en opinión de Vicente Verdú simboliza la aglomeración urbana de la vida metropolitana, al constreñirse los jugadores en un pequeño campo de juego–, no podemos soslayar el factor tiempo que coincide también con los postulados del capitalismo. Los relojes de los campanarios eran desconocidos en Europa hasta el Renacimiento, momento en que se introdujo la variable temporal con relación a la actividad comercial. No por azar Aldous Huxley manifestaba lo siguiente: «El tiempo tal como lo conocemos ahora es invención reciente. El sentido moderno del tiempo es anterior a los Estados Unidos. Es un subproducto del industrialismo, análogo en lo psicológico a los perfumes sintéticos y a las tinturas de anilina» (Huxley, 1945: 7).

En cualquier caso, no se trata de un tiempo blando como el que marcan los relojes de Dalí –el tiempo antropológico, de por sí suave y elástico–, sino de un tiempo astronómico en el que un segundo puede cambiar el resultado final de un partido. Para dar cuenta de ello, recordemos que la mecanización norteamericana, consecuencia de la industrialización y del urbanismo de los rascacielos, expresa todo su esplendor en el sofisticado cronometraje del baloncesto, siempre preciso y exacto, no dependiendo de una percepción personal y subjetiva. Frente al tiempo blando de algunos deportes –por ejemplo, en el fútbol, donde no hay límite para finalizar una jugada de ataque–, en el baloncesto se limita la posesión del balón a los veinticuatro segundos, regla que otros deportes también observan de una u otra forma a fin de evitar la pasividad en el juego.

Y esto nos lleva a hablar del control de los árbitros y del personal de la mesa que regulan todos los aspectos del juego, hasta sus más nimios detalles. Los cambios constantes de jugadores en los partidos pueden ser vistos como una analogía de lo que sucede en el mundo

laboral, sumido hoy en una volatilidad sin límites. Las contrataciones de jugadores de baloncesto se hacen, incluso, por unas pocas semanas, al igual que sucede en un mercado laboral cada vez más precario. Antiguamente en el fútbol las alineaciones se mantenían durante todo el partido, salvo el portero, que se podía cambiar en caso de lesión, quizás por ser un puesto específico y probablemente también por su significado materno (Verdú, 1980: 95-103). Hoy en el deporte, y especialmente en el baloncesto, nada es fijo y permanente, sino que, como sucede en la filosofía hegeliana –una de las bases del pragmatismo, como hemos visto–, todo fluye constantemente. Talmente da la impresión que Heráclito, para quien la clave era el movimiento, ha ganado la partida a Parménides, entestado en la búsqueda de la inmovilidad del Ser y, por tanto, de una unidad que la posmodernidad ha hecho añicos con un pensamiento fragmentario y divergente que, además, ha liquidado la metafísica y ha reducido la cuestión ontológica a una simple existencia factual de las cosas.

Forzando un poco las cosas, también se pueden plantear correlaciones entre los tiempos muertos y las codificaciones de jugadas con la sociedad de la información y del control, alargándose los partidos en una especie de eternidad que se hace –en ocasiones– inaguantable (más de uno apaga el televisor o, simplemente, cambia de canal para no ver el fatídico desenlace), dinámica que algunos interpretan como una especie de agonía que nos recuerda a la muerte. Y ello más todavía si tenemos en cuenta que en el baloncesto no se puede empatar, con lo que es imposible diferir el resultado hasta otro momento venidero. Cada partido –como si se tratara de una verdadera obra dramática– escenifica una tragedia: victoria o derrota que podemos emparentar –como en el tenis posmoderno– con la muerte súbita, aunque sea a base de prórrogas continuas. Si el fútbol puede decidir el resultado de una competición de alto nivel con el lanzamiento de penaltis, como vimos en la final de la Champions de 2012, disputada entre el Chelsea y el Bayern de Múnich, nada semejante puede acontecer en el mundo del baloncesto. Un lanzamiento de tiros libres adicionales, que sería una buena muestra de habilidad, no puede decidir un partido si no se ha producido anteriormente una falta, de modo que la ejecución de la pena (el tiro libre) exige una violación del juego. En el mejor de los casos, los mates y los triples quedan circunscritos –salvo contadas excepciones a lo largo de un partido– al ámbito de la floritura sofisticada del espectáculo deportivo. A la vista está, pues, que en el baloncesto nada puede depender del azar, que en la cultura norteamericana queda reducido al mínimo porque pocas cosas se improvisan y casi todo se organiza con antelación (Cartier,

1963: 597). Precisamente, en *Los Estados Unidos en escorzo* (1956), Julián Marías abordó la cuestión de la anticipación norteamericana, que contrapuso a la vida del español siempre «sujeta a los azares, a las contingencias, a los vaivenes de todo orden» (Marías, 1964: 373).

Por lo demás, cosa conocida es que el ritmo decae cuando el resultado está anunciado antes del fin del partido. Entonces, al ser el tanteo abultado, se baja la guardia y se entra en los minutos de la basura (*Garbage time*). Pues bien, incluso durante este tiempo residual, sin emoción por el resultado, las cadenas televisivas introducen tiempos muertos por razones publicitarias, ya que han sido previamente planificadas. Durante estos minutos sobrerros, el tiempo pasa rápidamente sin apenas interrupciones. Es el momento de los jugadores novatos y poco experimentados, de las pruebas y los ensayos. Estos minutos no reflejan una vida auténtica, sino un simple entrenamiento o simulacro, tratándose de un tiempo suave o blando. De tal guisa que la derrota –un remedo de la escenificación de la muerte– ha de consumarse en un postrer instante que a veces cuesta que llegue, estableciéndose el sistema de prórrogas y *playoffs* que racionalizan y justifican los malos resultados. En el baloncesto, por su propia modernidad, no hay fuerzas mágicas ocultas: todo es racional y controlable, contabilizándose los lances del juego a través de variables estadísticas que envuelven la dinámica del partido en una especie de redes numéricas –una especie de jaula de hierro, según Max Weber– que dan cuenta y razón de su desarrollo y resultado final.

Como bien se sabe, nada depende en el baloncesto de circunstancias extrínsecas, ya se trate de la climatología o de las condiciones del suelo de la cancha. Cuán lejanas aparecen aquellas pistas construidas por los propios jugadores, en que no se podía prever el bote de la pelota y en que las condiciones de seguridad –habida cuenta de los materiales empleados, a veces cemento armado para sostener los pilares de las cestas– tampoco quedaban garantizadas. Poco queda de aquel baloncesto que introdujeron los primeros clubes en España, antes de la Guerra Civil, cuando los pisos podían ser de tierra, de madera, de asfalto e, incluso, de baldosas ajustadas con más voluntad que acierto. En el baloncesto todo debe ser exacto, claro y distinto, de acuerdo con una lógica de signo geométrico que puede ser interpretado como un verdadero código semiótico en que participan todos los agentes: entrenadores con sus órdenes, jugadores con sus indicaciones y árbitros con sus explicaciones gestuales. No en balde, los Estados Unidos fueron la cuna de la semiótica –la ciencia de los signos–, establecida por Charles Sanders Peirce de un modo casi paralelo al baloncesto, que reclama la luz artificial, cosa que no siempre sucede con los deportes ancestrales

y telúricos que se juegan al aire libre con luz solar, a expensas de las condiciones climatológicas.

Por eso en el baloncesto la interpretación es mínima, y cuando se produce una falta los árbitros deben echar mano del lenguaje gestual, proceso que gradualmente se ha trasladado a otros deportes. Con todo, siempre hay accidentes fortuitos que producen situaciones un tanto jocosas, por lo inesperado de los acontecimientos, como sucede cuando vemos al personal de la mesa intentando recuperar el funcionamiento de un marcador que se ha apagado por cualquier pormenor técnico –por ejemplo, un corte del fluido eléctrico–, una anomalía que distorsiona la cosmovisión moderna que ha alentado la génesis y la evolución del baloncesto.

Añadamos que aquí no prosperaron las quinielas sobre los partidos de baloncesto, quizás por su ascendencia puritana, probablemente por esa misma racionalidad que hacía previsible el resultado. Si el fútbol es así, es decir, azaroso y caprichoso, el baloncesto, al atender a la estadística, resulta más exacto y preciso, con lo cual se puede responder satisfactoriamente al sueño moderno de la anticipación y la previsión, que coincide con uno de los puntos básicos del calvinismo: la organización. En este sentido, la pista de juego refleja los aspectos de una ciudad en miniatura perfectamente organizada. Incluso la regla de los tres segundos recuerda que el estacionamiento urbano no es algo indefinido, ya que existen limitaciones y prohibiciones.

No en balde, Naismith humanizó el gimnasio –que responde a una concepción europea de la cultura física– con la invención de un juego que participa, como venimos señalando, del *ethos* del *Homo americanus*, esto es, de su mentalidad. Por ello, para algunos los Estados Unidos son una síntesis espiritual y biológica de las mejores cualidades europeas (Velázquez Riera, 1957: 66), con lo cual tampoco tiene sentido –así se expresaba Julián Marías– oponerse a la americanización. «El antiamericanismo me parece la dimisión de Europa, la degradación de la europeidad. Se puede discrepar de los Estados Unidos en infinitas cosas; se puede tener una visión crítica... lo que no se puede hacer es “cerrarse” frente a ellos, darlos por inexistentes y mirar rencorosamente a otro lado» (Marías, 1970: 137).

Este proceso ha sido tan fuerte que buena parte de los jóvenes europeos han deseado vivir como los norteamericanos, produciéndose situaciones paradójicas como las que ponen de manifiesto algunas canciones de la música moderna. Vázquez Montalbán, en su crítico libro sobre la penetración americana en España, traía a colación la canción de Renato Carosone «Quieres hacerte el americano» (*Tu vuò fà l'americano*), que actualmente se vuelve a oír en una versión actualizada. El tema es

bien conocido: aunque un italiano siga el modelo de vida americano, no es fácil que pierda su condición originaria, aunque –como dice la canción– «tú bailas el rock and roll y juegas al basketball» (Vázquez Montalbán, 1974: 425-426).

No cabe la menor duda de que la televisión ha precipitado el tránsito hacia una concepción posmoderna o mediática del deporte. En 1979 aparecía en los Estados Unidos el primer canal temático dedicado íntegramente al deporte, un proceso que no ha hecho más que crecer desde entonces, fecha en que François Lyotard publicaba *La condición postmoderna*, ensayo que anunciaba la llegada de una nueva época en que el éxito sustituía a la verdad y la imagen a la realidad. Igualmente resulta evidente que el mundo de los videojuegos encontró una caja de resonancia en el mundo del deporte, primero en el tenis, pero pronto también en el baloncesto. A finales de la década de los ochenta existían ya juegos completos que permitían simular virtualmente el mundo de la competición, y en los que incluso se podían «crear equipos, poner nombres a los jugadores y elegir sus características en muchas cuestiones como el rebote o el tiro» (Hernández Argüelles, 1998: 105).

266

La sofisticación de este tipo de juegos no ha hecho más que crecer desde entonces, destacando la labor realizada por la casa Electronic Arts, que continuamente saca nuevas versiones adaptadas a la realidad del momento. Así pues, la virtualización de la NBA constituye una importante industria, que genera grandes beneficios y llena horas del entretenimiento de jóvenes y adultos con sus máquinas de videojuegos. De este modo, el baloncesto ha dejado de ser algo americano para constituir un universo lúdico de alcance planetario, suplantando la realidad por la ficción virtual, que acaba convirtiéndose en una realidad en sí misma. De ahí su éxito, corroborado especialmente en los países mediterráneos –España, Italia y Grecia–, siempre alejados del puritanismo. Si Nueva Inglaterra ha tendido hacia el catolicismo, los países tradicionalmente católicos se han acercado al *ethos* norteamericano gracias al proceso de americanización y globalización.

En virtud de esta fenomenología, el baloncesto se ha convertido en el gran aparador de un mundo mediático que encaja con los intereses de la industria del entretenimiento. Se trata, además, de un espectáculo que exige la conjunción de jugadores (con su pasmosa habilidad y plasticidad, una aportación mayoritariamente de los afroamericanos) y espectadores que jalean y aplauden las filigranas de sus ídolos, al compás de una música estimulante que anima los ataques locales. Desde un punto de vista psicológico, el espectador es invitado a participar en la fiesta al ritmo de unos estribillos que

responden al esquema conductista de estímulo-respuesta. Aunque alguien nos podrá tildar de forzar las cosas, es posible ver en estas muletillas musicales que acompañan los ataques de los equipos de baloncesto un remedo de las galopadas de los soldados del séptimo de caballería cuando se lanzaban al son del toque de corneta sobre sus presas, ya fuesen indios o forajidos. En pocas palabras: la música de fanfarria nos conduce y arrastra hacia un espectáculo que, gradualmente, se va alejando del puritanismo originario, si bien mantiene características de sus distintas fases evolutivas, sobre todo de sus inicios colegiales y de su impronta religiosa.

Por la misma razón, la presencia de las estrellas de Hollywood alrededor de las canchas norteamericanas evidencia esta fusión sincrética posmoderna en que detrás de una imagen –la retransmisión televisiva de un partido– encontramos una especie de palimpsesto de la historia. Detectamos, por consiguiente, diversos elementos del *ethos* norteamericano (puritanismo y espíritu de frontera, principalmente) e, igualmente, modernos, es decir, correspondientes a una sociedad pragmática, industrial y capitalista, que gusta de la anticipación y la organización según las normas de un trabajo metódico. Por lo tanto, el espectáculo posmoderno, con toda su grandeza y sofisticación, no puede ocultar los rasgos y elementos que subyacen detrás de la imagen que la televisión retransmite a todos los rincones del planeta.

Si hace unos años, en plena Guerra Fría, los cigarrillos Marlboro representaban, a través de la imagen de un *cowboy* que fumaba, aquello genuinamente americano, hoy, más de veinte años después de la caída del muro de Berlín y de la desaparición de la Unión Soviética, este símbolo lo podemos encontrar en el baloncesto, ya que de los grandes deportes estadounidenses (béisbol, fútbol americano y hockey sobre hielo), es el que más se ha popularizado y extendido, sobre todo como vehículo e instancia pedagógica, preferido al fútbol por su violencia y sus esencias telúricas. Además, el baloncesto se ha organizado como una verdadera industria, conforme al modelo que inició el béisbol y que continúa siendo para la mayoría de los europeos un profundo misterio. Raymond Cartier recordaba como en el Brooklyn de mediados del siglo pasado lamentaban la pérdida de su equipo de béisbol por antonomasia, los Dodgers, los enemigos tradicionales de los Yankees de Manhattan. Para mayor insidia, los Dodgers, una vez instalados en Los Angeles, ganaron en 1959 su primer campeonato, con lo que se demostraba que la movilidad, un aspecto típicamente americano, formaba parte de la industria del deporte, un mundo del espectáculo en constante movilidad, ya se trate del béisbol o del baloncesto.

Antes de terminar, conviene señalar que en España, y por simple

mimetismo, hemos articulado la expresión ÑBA para oponernos a la NBA, la liga que reúne las mejores figuras del baloncesto norteamericano, que paulatinamente está colonizando un viejo continente que hoy busca, en medio de una crisis financiera que también representa una crisis cultural e ideológica, sus señas de identidad y el sentido último –esto es, el horizonte– de la vida. La derrota de España por escasos puntos ante los Estados Unidos en la final de los Juegos Olímpicos de Londres de 2012 constituye un verdadero éxito que contrasta con las pésimas noticias financieras y laborales con que nos levantamos cada día.

A estas alturas, nadie puede dudar de la grandiosidad del baloncesto, un deporte ágil y atractivo, organizado y espectacular; pero tampoco podemos soslayar los condicionantes de su nacimiento, su evolución y su adaptación a la realidad social. Quizás lo que ocurre es que algunos tenemos nostalgia del deporte clásico que, entre todos, hemos idealizado. A fin de cuentas, los Juegos Olímpicos, restaurados por europeos como Pierre de Coubertin y Henri Didon, no son más que retornos a los orígenes de una historia que hoy queda absorbida por la vorágine de una globalidad que, instalada en la velocidad sin límites, solo mira hacia delante, olvidando la memoria con su axiología. «Contemplada desde la larga perspectiva del futuro», concluía Dewey en su *Autobiografía*, «la totalidad de la historia de Europa occidental no es más que un episodio provinciano» (Dewey, 1949: 26). Probablemente por ello estamos condenados a que nuestros juegos y tradiciones –y por extensión, nuestra cultura– queden diluidos en la síntesis del río de la historia, de una historia que camina hacia la globalización y cuya primera consecuencia ha sido la americanización de nuestras costumbres. Siguiendo al profesor Niño, se podría concluir que, aunque no son idénticos los conceptos de americanización e imperialismo, sí que la americanización puede constituir un primer episodio de la globalización (Niño, 2012: 18).

Hoy nos encontramos lejos de la afirmación de Julio Camba cuando manifestaba que mientras Europa simboliza el análisis, los Estados Unidos representan la síntesis, de manera que el americano no comprenderá jamás al europeo ni este al americano. Incluso Rodrigo Royo, en su libro de 1959, se refería a la «cocacolonización» del mundo, expresión que ha hecho fortuna y que algunos –como el mismo Royo– aplicaban al proceso de «liquidación de la cultura a manos de la oleada materialista y masiva de los nuevos bárbaros yanquis» (Royo, 1959: 347; Poblet, 1956: 60). Este concepto también ha sido rescatado por el profesor Antonio Niño, en su libro sobre la americanización de España: «Lo que algunos autores llaman la “coca-

colonización” sería una forma agresiva de “aculturación” no deseada a través de la generalización de hábitos y gustos que se asocian con su origen americano» (Niño, 2012: 17).

Gracias a los viajes y, sobre todo, al cine y a la televisión, no solo se ha superado aquella antigua incomunicabilidad entre América y Europa, sino que también se han cumplido las predicciones de aquellos que como Camba y Royo pasaron temporadas más o menos largas en los Estados Unidos. Lo que antes fue un vaticinio, hoy es una realidad. La americanización del mundo y, por ende, de España, es algo bien palpable que no merece discusión ni tampoco genera debate. Mejor o peor, solo es posible la constatación de que entre deporte y americanización existen importantes vasos comunicantes. Así pues, todo parece apuntar que los Estados Unidos han impuesto su estilo y su manera de pensar y que nuestra juventud se siente cada vez más atraída por el *American way of life*, en particular cuando ha desaparecido del horizonte la esperanza comunista, sustituida por una cultura consumista que anhela la grandiosidad del espectáculo. No se trata de ningún milagro, ni de una casualidad histórica: el baloncesto, en consonancia con otros muchos factores y variables, ha hecho mucho para que así sea.

Bibliografía

 269

- ALVIRA, T. (1992). *El «Ramiro de Maeztu»*. Madrid: Editorial Rialp.
- ATKINSON, C. y MALESKA, E. T. (1966). *Historia de la Educación*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- BOLÓS, O. y VILANOU, C. (2004). «Sobre l’origen del bàsquet: quan la religió esdevé esport». En: *Ars Brevis*, 10. pp. 11-42.
- CAMBA, J. (1970). *La ciudad automática*. Madrid: Espasa-Calpe.
- CARTIER, R. (1963). *Las 50 Américas*. Madrid: Rialp.
- CHESTERTON, G. K. (1962). *Ortodoxia*. Barcelona: Editorial Planeta.
- CHOMSKY, N. (1994). *Repensando Camelot. John F. Kennedy, la Guerra de Vietnam y la cultura política de EE.UU.* Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- CONANT, J. B. (1957). «Una vieja tradición en un mundo nuevo». En: *Atlántico*. Revista de Cultura Contemporánea (Casa Americana, Madrid). Número 6, 1957. pp. 5-32.
- DEWEY, J. (1949). «Autobiografía filosófica». En: *John Dewey en sus noventa años*. Washington: Unión Panamericana. pp. 15-26.
- DEWEY, J. (1995). *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*. Madrid: Morata.
- ESPINOSA, M. (1957). *Las grandes etapas de la historia americana (Bosquejo de una morfología de la historia política norteamericana)*. Madrid: Revista de Occidente.
- FERRÁNDIZ CASARES, J. (1957). «Panorámica de los Estados Unidos».

En: *Atlántico*. Revista de Cultura Contemporánea (Casa Americana, Madrid). Número 6, 1957. pp. 67-98.

HAYES, C. J. H. (1946). *Misión de guerra en España, 1942-1945*. Madrid: Epesa.

HERNÁNDEZ ARGÜELLES, C. (1998). *Breve historia del videojuego*. Madrid: A. Madrid Vicente, ediciones.

HUXLEY, A. (1945). *El tiempo y la máquina*. Buenos Aires: Editorial Losada.

LADD, T. y MATHISEN, J. A. (1999). *Muscular Christianity. Evangelical Protestants and the Development of American Sport*. Grand Rapids (Michigan): Baker Books.

LOVING, J. (2002). *Walt Whitman. El canto a sí mismo*. Barcelona: Paidós.

LUDWIG, E. (1944). *Lincoln. El libertador de los esclavos*. Buenos Aires-Barcelona: Editorial Juventud (4ª edición argentina).

LYOTARD, F. (1984). *La condición postmoderna*. Madrid: Taurus.
Manual para las clases de tropa. Tomo I. Libro I. Academia de soldados aspirantes a cabo. Libro II. Academia de cabos (1929). Madrid, Librería y casa editorial Hernando.

MAÑACH, J. (1959). *Dewey y el pensamiento americano*. Madrid: Taurus.

270

MARÍAS, J. (1964). «Los Estados Unidos en escorzo». En: *Obras*, III. Madrid: Revista de Occidente. pp. 349-545 [Fecha original 1956].

MARÍAS, J. (1970). «Análisis de los Estados Unidos». En: *Obras*, VIII. Madrid: Revista de Occidente. pp. 11-137 [Fecha original 1968].

MASSIP, J.-M^a. (1952). *Los Estados Unidos y su presidente*. Barcelona: Ediciones Destino.

MAUROIS, A. (1945). *Estados Unidos*. Barcelona: Luis de Caralt editor.

MENAND, L. (2002). *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*. Barcelona: Destino.

NIÑO, A. (2012). *La americanización de España*. Madrid: Libros de la Catarata.

PABÓN, J. (1985). *Franklin y Europa*. Madrid: Sarpe.

POBLET, J.-M. (1956). *Els Estats Units (Clixés de viatge)*. Barcelona: Editorial Selecta.

PUYALTO, L. y NAVARRO, V. (2000). *El bàsquet a Catalunya. Des dels orígens fins l'any 1838*. Barcelona: Fundació del Bàsquet Català.

PUYALTO, L. (2008). *La popularització del bàsquet a Catalunya. De l'escola a la pista*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

RACIONERO, L. (1980). *Filosofías del underground*. Barcelona: Anagrama.

ROYO, R. (1959). *U.S.A. El paraíso del proletariado*. Madrid: Servicio de Publicaciones SA.

SOLÉ BLANCH, J. (2006). «El naixement de la cultura juvenil a través del

- cinema». En: *Temps d'Educació*, 31. pp. 163-178.
- STEINER, G. (2004). *La idea d'Europa*. Barcelona: Arcàdia.
- STERN, F. R. (2003). *El mundo alemán de Einstein. La promesa de una cultura*. Barcelona: Paidós.
- UMBRAL, F. (1973). *Memorias de un niño de derechas*. Barcelona: Destino.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1974). *La penetración americana en España*. Madrid: Ediciones Cuadernos para el Diálogo (Edicusa).
- VELÁZQUEZ RIERA, R. (1957). «Horizontes de Europa». En: *Atlántico*. Revista de Cultura Contemporánea (Casa Americana, Madrid). Número 4, 1957. pp. 65-80.
- VERDÚ, V. (1980). *El fútbol. Mitos, ritos y símbolos*. Madrid: Alianza editorial.
- VAN DOLEN, Ch. (1956). «¿Qué es la cultura americana?». En: *Atlántico*. Revista de Cultura Contemporánea (Casa Americana, Madrid). Número 3, 1956. pp. 35-42.
- WEBER, M. (1985). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Orbis.
- ZWEIG, S. (2001). *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*. Barcelona: Acanalado.

Conrad Vilanou i Torrano
Universitat de Barcelona
Departament de Teoria i Història de l'Educació
Facultat d'Educació
cvilanou@ub.edu

Guillem Turró i Ortega
Professor de Filosofia
Escola de Batxillerats
Institució Cultural del CIC
gturro72@hotmail.com

[Article aprovat per a la seva publicació el febrer de 2013]

Monogràfic

